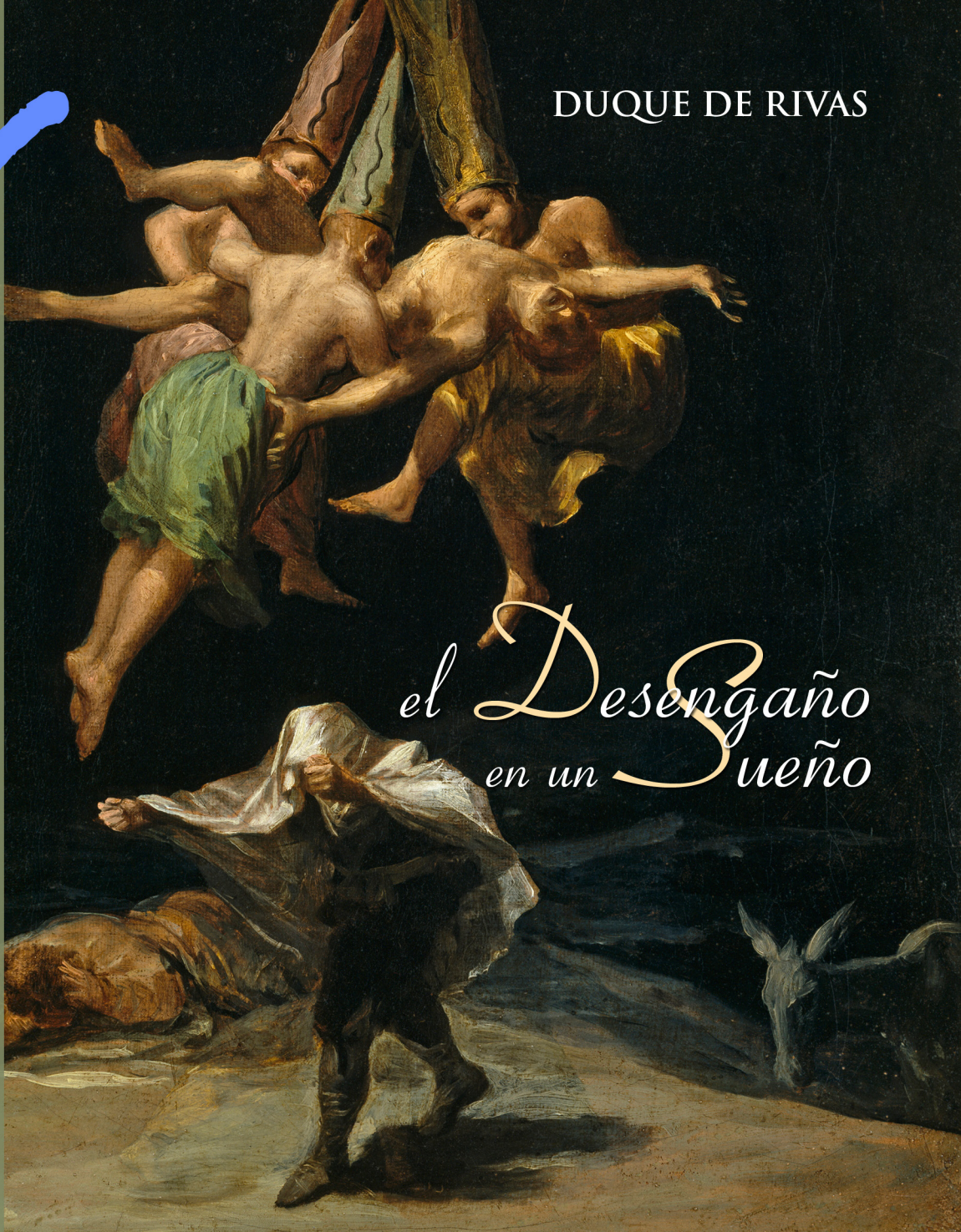


21

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

DUQUE DE RIVAS

*el Desengaño
en un Sueño*





BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

DUQUE DE RIVAS

*el Desengaño
en un Sueño*

Posfacio de
Diego Martínez Torrón



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA

Ángel Saavedra, Duque de Rivas, nació el diez de marzo de 1791 en Córdoba. En 1807 fue alférez de la Guardia Real, luchando con valentía contra las tropas napoleónicas y siendo herido en la Batalla de Ontígola (1809).

En 1823 fue condenado a muerte por sus creencias liberales y haber participado en el golpe de estado de Riego (1820), siéndole confiscados sus bienes. En 1825 huyó a Inglaterra y, después, a Malta y París. En 1833, después de la muerte de Fernando VII, regresó a España y reclamó su herencia y su título. Dos años después fue nombrado ministro de la Gobernación. A partir de entonces desempeñaría numerosos cargos, entre ellos el de senador, alcalde de Madrid, embajador en Nápoles y Francia, y presidente de la Real Academia Española y del Ateneo de Madrid. Falleció en Madrid el 22 de junio de 1865.

Rivas fue protagonista del romanticismo español, gozando hasta hoy de notoriedad por su drama romántico *Don Álvaro o la fuerza del sino*, estrenado en Madrid en 1835. La obra se tomó más tarde como base del libreto para la ópera de Verdi *La Forza del Destino* (1862).

[el autor]

El desengaño en un sueño es una obra dramática escrita en Sevilla en 1842. En ella, Lisardo vive en una isla con su padre el mago Marcolán que le tiene recluido para evitar su mala fortuna, pero a sus instancias le muestra en sueños su futuro. Al principio Lisardo triunfa en el ámbito material, y hasta consigue el amor puro de la bella Zora, pero su ambición política desenfrenada le lleva a buscar el amor de la reina...

Es un texto importante dentro del ámbito de las obras teatrales de magia, que tanto éxito tuvieron en el Siglo de Oro y que habían sido proscritas por el rígido neoclasicismo racionalista. Se trata de una interesante lección moral contra la ambición humana de poder, incompatible con el verdadero y puro amor.

Merece la pena entrar en esta obra peculiar, porque en ella se encuentra la visión desengañada de Rivas, desengaño de un solitario que vive en plena sociedad, en plena corte; desengaño de todo lo que no sea, precisamente, el sueño de la libertad y de la belleza.

[la obra]

Colección *Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura

© 2017 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© del posfacio: Diego Martínez Torrón

Diseño: Carmen Piñar ; Maquetación: FJ Galiana del Coso

Ilustración de cubierta: Francisco de Goya. *Vuelo de brujas*, 1798

Museo del Prado (Madrid)

índice

EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO

Acto Primero	11
Acto Segundo	75
Acto Tercero	111
Acto Cuarto	169

POSFACIO

« <i>El Desengaño en un sueño</i> del Duque de Rivas» por Diego Martínez Torrón	206
--	-----

EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO

DRAMA FANTASTICO EN CUATRO ACTOS

A mi hijo Enrique

PERSONAS

Lisardo, *joven*.

Marcolán, *viejo mágico*.

VOCES DE SERES INVISIBLES

Del genio de los amores.

Del genio de la opulencia.

Del genio del poder.

Del genio del mal.

PERSONAJES FANTASTICOS

Zora, *dama joven*.

Liseo, *viejo*.

Clorinardo, *caballero*.

Fineo, *caballero*.

Natalio, *viejo*.

Arbolán, *guerrero*.

Un Rey.

Una reina.

Un paje.

Una bruja.

Dos cazadores.

Tres villanos.

Dos soldados.

Dos caballeros.

Un capitán.

Un enterrador.

El demonio.

Un ángel.

Salvajes, *bailarines*.

Sílfides, *bailarinas*.

Doncellas, *bailarinas*.

Cantores.

Las músicas, comparare y diferentes acompañamientos de cazadores, esclavos, guardias, etcétera, se anotan y llaman en las escenas en que deben figurar, para evitar confusión. La acción, que se supone por los trajes acaecida a mediados del siglo XIV, pasa en un islote desierto del Mediterráneo. Empieza al ponerse el sol, y concluye al amanecer del día siguiente.

ACTO PRIMERO



ESCENA PRIMERA

La escena representa una montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar embravecido. En primer término, a la derecha del espectador, habrá una pequeña gruta practicable. El cielo representará el anochecer, cubierto de nubes borrascosas. Se verán relámpagos y se oirán truenos, el bramido de las olas y el silbar del viento. MARCOLÁN, mago, aparece dentro de la gruta, estudiando en sus libros a la luz de una lámpara y rodeado de instrumentos mágicos. LISARDO, vestido de pieles y con aspecto salvaje, asomará por lo alto de la montaña y bajará de peñasco en peñasco, declamando los primeros versos.

LISARDO. *(Mirando despechado al cielo.)*

Rompe tu seno pardo,
oscura nube, y lanza furibunda
el rayo abrasador, que ansioso aguardo;
el rayo que confunda
y en el inmenso mar sepulte y hunda
esta desierta roca,
que con la altiva frente al cielo toca,
y es, ¡oh destino impío!,
cárcel estrecha de mi ardiente brío.

(Pausa, y prosigue, mirando al mar)

Y tú, tremendo mar, ¿por qué rugiente
no rompes este freno de tus iras?
¿O eres tan impotente
que en vano a libertarte de él aspiras?
¡Ah, si yo fuera tú...! ¡Si yo tuviera
tu colosal poder..., ni un solo instante
de mi curso delante
obstáculo ninguno consintiera,
y al encontrarlo, mi rencor profundo
con sus huellas borraría el ancho mundo!
Mas, ¡ah!, no me escucháis... ¿O no son nada,
oscura nube, tu rugiente trueno,
ni tu empuje y furor, ¡oh mar hinchada!,
si otro poder mayor os pone freno?

(Pausa.)

Como vosotros, yo, que arde en mi mente
fuego mayor que el que en los rayos arde,
y un alma más tremenda,
más indomable que la mar rugiente
dentro mi pecho siente
de sus fuerzas hacer perdido alarde.
Y aquí atado y cautivo,
aquí como cobarde,
apenas sé si vivo,
puesto que el mundo ignora
que en él Lisardo mora.
Lisardo, el que pudiera
llevar su nombre a la encendida esfera.

(Pausa, y prosigue, mirando a la gruta)

¡Oh padre!... Padre no, tirano fiero,
que eres de un infelice carcelero,
maldito sea tu saber insano
y ese tu afán prolijo,
que te hace ser de un desdichado hijo
inexorable y pertinaz tirano.

MARCOLÁN. *(Dentro de la gruta, hablando consigo mismo.)*

¡Mísera Humanidad! Siempre maldice
la mano protectora que la ampara
y que del precipicio la separa.
¡Mísera Humanidad, siempre infelice!
Es mi anhelo salvar a mi hijo amado
de las borrascas que en la humana vida
le tienen las estrellas prevenida,
y él su opresor me llama despechado.

*(Se va poco a poco despejando el cielo, y, alzándose la luna en el horizonte,
ilumina la escena con su luz azulada.)*

LISARDO. *(Avanzando al proscenio.)*

¿Es vida, ¡triste de mí!;
es vida, ¡cielos!, acaso
aquesta vida que paso
con sólo mi padre aquí?
Si condenado nací,
y sin esperanza alguna,
a que este islote mi cuna,

mi estado, mi único bien
y mi tumba sea también,
maldigo yo a la fortuna.
Si tal mi destino fué,
que es imposible lo fuera,
¿para qué un alma tan fiera
dentro de mi pecho hallé?
¿Con qué objeto, para qué
arde esta insaciable llama,
que toda mi mente inflama,
de buscar dándome anhelo,
aun a despecho del Cielo,
oro, amor, poder y fama?
Enhorabuena el reptil
rampe en el vivir estrecho,
si allí goza satisfecho
toda su existencia vil;
pero el águila gentil,
de alas y valor provista,
en el sol clave la vista,
cruce las nubes voraz,
y en ellas pregone, audaz,
del espacio la conquista.
No reptil, águila soy,
águila, y he de volar
sobre la tierra y el mar.

(Corre decidido hacia la montaña.)

MARCOLÁN. *(En su gruta y hablando consigo mismo.)*

No volarás, que aquí estoy,

Lisardo, y a darte voy
pronto una grave lección
que calme En tu corazón
ese ciego desatino
que te arrastra de contino
del mundo a la perdición.

LISARDO. *(Despechado y como detenido en medio de la escena por un impulso superior.)*

¡Infelice!... Me olvidé
que a este escollo estoy atado,
donde del mundo ignorado
he nacido y moriré.
Si tal mi destino fué,
cúmplase pronto. Liberte
de esta cárcel con mi muerte
mi alma gigante yo mismo
lanzándome en ese abismo
para burlar a la suerte.

*(Va a arrojar al mar, y sale sobresaltado de su gruta Marcolán
con una vara de oro en la mano.)*

MARCOLÁN

Tente, Lisardo, hijo mío.
Insensato, ¿dónde vas?
Tente, que aunque bastan sólo
para tu intento atajar
la fuerza de mis conjuros,
pues no tiene otras mi edad,
pero sólo con las voces

de mi cariño lograr
que desistas, hijo mío,
de tu designio fatal.
Torna, Lisardo a mis brazos,
que para ti sólo hay paz
entre los brazos de un padre
que idolatrándote está.

LISARDO. *(Que se detiene a la orilla del mar en cuanto oye a su padre, vuelve y se arroja a sus brazos muy abatido.)*

¡Oh padre!

MARCOLÁN

Calma, hijo mío,
la espantosa tempestad
de tu corazón, más recia
que la que un momento ha
esas esferas turbaba
y alborotaba ese mar.

LISARDO

¡Oh padre!

MARCOLÁN

Mira, Lisardo,
cuál la nube huyendo va,
tornando el zafir del cielo
con suave luz a brillar
al reflejo de la luna,
astro benigno de paz.

Mira cuál bajan las olas,
que montañas de cristal
azotaban estas peñas
a empuje del huracán.
Huyan así de tu mente,
para no volver jamás,
esas oscuras ideas
que hacen tu infelicidad.
Y cálmese así tu pecho,
que no deben agitar
las fantásticas pasiones
tras de que perdido vas.
¿Qué te inspira, di, Lisardo,
esa confusa ansiedad,
cosas que tú desconoces
anhelando sin cesar?

LISARDO

Los impulsos de mi alma,
que a voces diciendo están
que he nacido para el mundo.
Para en su centro lograr
amores, riqueza, fama,
poder, mando.

MARCOLÁN

Basta ya.
Te comprendo. Mas ¿qué sabes
tú de ese mundo ideal,
que existe en tu mente sólo?

LISARDO. *(Recobrándose y creciendo en vehemencia.)*

¡Oh padre mío, cesad!
Que aunque estas ásperas peñas,
que ciñe en torno la mar,
mi cuna fueron, y son
mi cárcel siempre, y serán
tal vea también mi sepulcro,
no tan rudo soy, ni tan
salvaje, que no conozca
que en el mundo hay mucho más.
Esos tus libros lo dicen,
a quien tanto culto das,
y que te han dado esa ciencia,
que profesas por mi mal.
Tus labios también lo han dicho,
complaciéndose en contar
de tu vida los portentos,
los recuerdos de tu edad.
Y aunque nunca de tus libros
devorara a tu pesar
las páginas, y aunque siempre
hubieras, cauto y sagaz,
puesto en tus labios un sello
que guardara la verdad,
que hay mundo, y cómo es el mundo,
por instinto natural
adivinara. Sí, padre;
baste de destierro ya.
Llévame donde hombre sea,

y donde pueda lograr,
como hombre, amores, riquezas,
poder y dominio.

MARCOLÁN

¡Ah!

LISARDO

Quiero mando, poderío,
gloria, fama...

MARCOLÁN

Bien; tendrás
cuanto apetece, Lisardo.
Y a tu padre dejarás
en este desierto solo,
decrépito... ¿Quieres más?

LISARDO. *(Con ternura.)*

Padre idolatrado, quiero
vivir como racional;
mas bajo tu amparo siempre.

MARCOLÁN

¡Mi amparo...! Insensato estás.
¡Mi amparo!... ¿De qué te sirve,
si entras con la tempestad
de las humanas pasiones
del mundo en el hondo mar?

¡Ay, que entonces mi cariño,
mi ciencia, todo mi afán
de nada han de aprovecharte!

LISARDO. *(Con entereza.)*

¿De nada...? Pues bien está.
El aliento que me agita,
el encendido volcán
de valor y de denuedo,
que arde en mi pecho tenaz,
me bastan, señor, y sobran;
y suficientes quizá
para serviros de apoyo
a vos, ¡oh padre!, serán.

(Con resolución.)

Salgamos de estos peñascos.
Aquestos libros quemad.
Venid al mundo conmigo,
y vuestros ojos verán
que engendrasteis un portento
de altas empresas capaz.

MARCOLÁN. *(Aparte.)*

Vuelve a exaltarse su mente.
Ya la lección convendrá,
y que empiece a realizarse
mi bien combinado plan.

(Alto.)

Hijo, Lisardo, sosiega
tu ardiente pecho. Serás
complacido por tu padre.
Lograrás tu ansiedad.
Pero de la noche el manto
cubre el firmamento ya.
Calina en sosegado sueño,
calina, hijo mío, tu afán.

LISARDO. *(Como soñoliento)*

De lo que hoy he padecido
estoy, señor, en verdad
tan fatigado..., que empiezo
dulce descanso a anhelar...
Reposaré...

MARCOLÁN. *(Llevándole lentamente al fondo de la escena, a la izquierda del espectador, donde habrá en tierra un lecho de ramas secas.)*

Sí, hijo mío.

(Aparte.)

Ya empieza el conjuro a obrar.
Le tocaré con la vara,
y al sueño se rendirá.

(Le toca y prosigue en alto.)

Sí, hijo mío; sí, descansa,
pues convidándote está
de secas algas el lecho,
que aquí orillas de la mar

halagan las blandas brisas
que en torno volando están.

LISARDO. *(Acostándose en el lecho.)*

Sí, padre mío...; sí, padre...
El sueño ganando va
mis sentidos..., halagado
por la esperanza que has
dado a mi pecho... Esta noche
soñaré felicidad.

(Queda dormido.)

MARCOLÁN. *(Contemplándole con cariño.)*

¡Hijo del alma!... ¡Hijo mío!...
En sueño profundo está.
Ahora desengaños sueñe
que pongan fin a su afán.

(En medio de la escena, en actitud imponente y solemne.)

Espíritus celestes e infernales,
genios del bien y el mal, que los destinos
por ocultos caminos
dirigís de los míseros mortales,
al gran poder de mi saber profundo
obedientes venid, que ya os aguardo,
y al dormido Lisardo
mostrad en sueños cuanto encierra el mundo.
En vagas vaporosas ilusiones,
y en fantásticas formas vea su mente
cuanto anhela imprudente,
y ancho campo ofreced a sus pasiones.

(Gira la vara en rededor.)

Ya os miro en torno revolar; ya os veo,
o desde el centro de la tierra oscuro,
o desde el aire puro
obedientes venir a mi deseo.

*(Se oye una música suave y armoniosa,
y una voz dulce dice desde las bambalinas.)*

VOZ DEL GENIO DE LOS AMORES

Yo, numen de los amores,
le coronaré de flores,
y atándolo en tiernos lazos
colocaré entre sus brazos
la más insigne beldad.
Y encantado con su acento,
y embriagado con su aliento,
apurará en las delicias
de sus amantes caricias
la humana felicidad.

*(Suena a la izquierda de la escena una música llena y alegre,
y en seguida dice una voz sonora):*

VOZ DEL GENIO DE LA OPULENCIA

Yo dispongo del oro y riqueza,
y a tu mágico impulso obediente
a sus ojos dormidos patente
cuanto alcanza mi imperio pondré.
Y la pompa oriental y grandeza

gozará venturoso en el sueño,
y de inmensos tesoros el dueño,
mientras dure el encanto, le haré.

*Aroma y bálsamos
respirará
Sedas y púrpuras
se vestirá.
Ricos alcázares
habitará.
Y en la demencia
de la opulencia
se perderá.*

*(Suena a la derecha una banda de música militar,
tocando una marcha guerrera, y dice una voz robusta):*

VOZ DEL GENIO DEL PODER

Yo, que de la ambición y de la gloria
el genio soy audaz,
su pecho tornaré con mi alta llama
en hoguera voraz.
El lauro ceñirá de la victoria
su envanecida sien,
y su nombre en los cantos de la fama
escuchará también.

Y un pueblo rendido
a sus pies verá,
y desvanecido
lo dominará.

(Se oyen truenos subterráneos mezclados con música sorda y lúgubre bajo el tablado, y luego dice desde allí una voz áspera y satánica):

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Yo marchitaré
las lozanas flores.
Yo envenenaré
los dulces amores.
Y en horrores
sus delicias tornaré.
La riqueza
y grandeza
serán
de su pecho,
por la avaricia y el terror deshecho.
Y la indomable ambición
su corazón
al crimen arrastrará,
y en hondo precipicio lo hundirá.

MARCOLÁN. *(Extendiendo la vara a un lado y otro.)*

Comenzad, genios que me estáis hablando;
el orden proseguid de mis conjuros,
dentro en la mente del dormido dando
formas visibles a los aires puros.

(Entra en su gruta, se sienta, coloca a sus pies un reloj de arena y prosigue leyendo en la mayor abstracción, permaneciendo así hasta el fin del drama.)

ESCENA SEGUNDA

Cruzan la escena en todas direcciones ligeras gasas transparentes con figuras vagas y fantásticas, alusivas al amor, al poder, a la ambición y al crimen, y se van reuniendo al fondo de la escena y delante del lecho de LISARDO, formando como una niebla blanquecina que lo cubra todo. Por un escotillón sale ZORA cubierta con una gasa blanca que le dé la apariencia de una sombra. La música toca una armonía lánguida y suave, que va concluyendo poco a poco en notas aisladas y que van siendo imperceptibles. Se disipa luego repentinamente la niebla, y aparece un risueño y rústico jardín, iluminado por la luz de la aurora. El lecho de Lisardo, alzado un poco del suelo y formado con flores y cubierto por un pabellón de colores enlazado en las ramas de los árboles. Y en él estará dormido LISARDO, cuyo vestido de pieles se habrá mudado en uno rico de cazador. Aparecerá también un asiento rústico en medio de la escena, y caerá el velo que cubre a ZORA, quedando ésta vestida con una túnica blanca y coronada de rosas. La gruta de Marcolán, y éste dentro estudiando, habrá estado siempre descubierta, y permanecerá así inmutable durante todo el drama, por más cambios de decoraciones que se verifiquen.

LISARDO. *(Incorporándose como admirado y mirando a todos lados.)*

¡Cielos!... En el mundo estoy.
Mi padre no me engañó.
Del islote me sacó.
Hombre cual los hombres soy.
No hay duda... ¡Felice yo!

*(Se levanta y corre de una parte a otra, pero sin reparar en Zora,
que estará a un lado cogiendo flores.)*

¡Oh, qué risueño jardín!
Y no lo circunda el mar.
Desde aquí podré volar
por uno y otro confín...
¿Quién me lo puede estorbar?...
¡Cuán gozoso y satisfecho
miro el matutino albor!
Una y otra linda flor,
¡qué aromas dan a mi pecho!
¡Oh qué vida...! ¡Qué calor!
Aquí no escucho el bramido
de las olas, que decía
pavoroso noche y día:
"Pobre Lisardo, nacido
bajo estrella tan impía."
No, que el risueño murmullo
de auras, hojas, aves, fuentes,
dan acentos diferentes
que son dulcísimo arrullo
de mis venturas presentes.
Mas ¿qué me detengo aquí?
Por linda que esta mansión
halague mi corazón,
aun estrecha es para mí.
Volemos a otra región.

(Repara en Zora, queda sorprendido.)

¿Qué es, ¡oh Dios!, lo que allí veo?
Solo en el jardín no estoy...
¡Ah, que realizando voy
cuando anheló mi deseo,
y todo ventura es hoy!
¡Una mujer!... Sí, y aquella
que en sombra leve y fugaz
turbando mi eterna paz
vió siempre gallarda y bella
mi delirio pertinaz.
Sí la misma que mis ojos
en ilusión vieron vana,
ya en los perfiles de grana,
que ornán los celajes rojos
de la encendida mañana,
ya entre las orlas de espuma
del adormecido mar,
sobre las playas triscar,
leve como leve pluma,
y mi pecho arrebatár.
Y pues la suerte dichosa,
que hoy dirige mi destino,
portento tan peregrino,
de mis afanes tal diosa
me presenta en mi camino,
corro a exhalar a sus pies,
completando mi ventura,
el alma, que en llama pura
volcán encendido es
desde que vi su hermosura.

(Se acerca con timidez a Zora.)

Angel celestial...

ZORA. *(Con sencillez y naturalidad.)*

Lisardo...

LISARDO. *(Aparte sorprendido.)*

¿Sabe, ¡cielos!, quién soy yo?

Sin duda, pues me nombró...

ZORA

...hace tiempo que os aguardo.

LISARDO. *(Dudoso.)*

¿Vos me conocéis...?

ZORA

¿Pues no?

LISARDO. *(Con vehemencia.)*

Y yo os conozco también,

y ando tras de vos perdido;

y que tan sólo he nacido

para estar, pienso, ¡oh mi bien!,

a vuestro encanto rendido.

ZORA

Pero ¿mi nombre ignoráis?

LISARDO

¡Ah!... Sólo sé que os adoro;
todo lo demás lo ignoro.

ZORA

Y de mí, ¿qué deseáis?

LISARDO. *(Arrebatado.)*

Amor..., vuestro amor imploro.

ZORA

¿Amor?... ¿Qué decís, Lisardo?
¿Olvidáis que Zora soy?...
¡Ah!... Jamás os vi cual hoy.
De veros tal me acobardo
y temblando toda estoy.

LISARDO

Mi encanto, mi único bien,
mi tesoro, mi alegría...
¡Oh lumbre del alma mía!,
no miedo, lástima ten
de mi amorosa agonía...
Para ti sólo respiro,
y sin ti quiero la muerte.
¿Qué es vivir sin poseerte?

ZORA. *(Turbada y vergonzosa.)*

Lisardo..., yo me retiro.

LISARDO

¿Puede mi amor ofenderte...?
¿Te ofende...? No seas cruel;
oye mi llanto, mi ruego.

ZORA

Crece mi desasosiego...;
retírome del vergel.

LISARDO. *(Deteniéndola.)*

¿Sin responder a mi fuego?...
¡Ah!... Esperad, ¡oh bella Zora!,
más bella que la mañana.
¡Ay!... Esa encendida grana
que vuestro rostro avalora,
¡cuánto, cuánto os engalana!

(Hincando una rodilla.)

¡Piedad de mí! No, no quiero
la vida sin vuestro amor.
Si dura tanto rigor,
si tenéis pecho de acero,
me moriré de dolor.

ZORA. *(Conmovida.)*

¡Lisardo!... ¡Lisardo!... ¡Ay Dios!
No penséis que el pecho mío...

LISARDO

¡Cuánto a mi pasión da brío
la inquietud que advierto en vos!

ZORA

Y yo..., basta..., ¡oh desvarío!...

LISARDO. *(Tomándola una mano y besándosela con ansiedad.)*

No basta..., no, que un volcán
es mi pecho. El corazón
arde. Y crece una pasión
en mi tan gigante, tan
de indómita condición,
que..., ¡Zora!..., ¡Zora!..., piedad...

(Abatido.)

No sé lo que pasa en mí.
Nunca en mi alma conocí
tan quemadora ansiedad...

(Con vehemencia.)

Amame, o me muero aquí.

ZORA. *(Con acento enternecido.)*

¡Mi Lisardo!

LISARDO. *(Enajenado.)*

¡Oh deliciosa
voz, cual no escuché jamás,

y que embriagándome estás
el alma!...

ZORA. *(Tímida.)*

Seré tu esposa...
¿Puedes, di, pretender más?...

LISARDO. *(Con ansiedad.)*

Sí, mi esposa... Y ¿me amas?... Dime.

ZORA. *(Con ternura.)*

Te amo..., sí.

LISARDO. *(Levantándose, fuera de sí.)*

No puede ser
que a un hombre mate el placer,
si aún vivo. ¡Oh dicha sublime!
¡Cielos, me ama una mujer!

(Abraza a Zora.)

ZORA

Pero no basta, Lisardo,
que cual me dices me adores,
ni que corresponda amarte
mi pecho a tus intenciones,
pues para ser yo tu esposa,
y darte de esposo el nombre,
es preciso que mi padre,
que habita en albergue pobre,
en lo más repuesto y solo

de estos intrincados bosques,
me conceda su permiso,
bendiga nuestros amores,
y que en sus manos me jures
ante Dios y ante los hombres
la fe del estrecho lazo
que sólo la muerte rompe.

LISARDO. (*Impaciente.*)

Obstáculos a mi anhelo...
¿Quién indiscreto los pone?...

ZORA. (*Asustada.*)

¡Lisardo...!

LISARDO. (*Confuso.*)

No..., Zora mía.
A tu voluntad conforme,
corro a buscar a tu padre
para que grato corone
esta dicha, que en la esfera
del sol radiante me pone.
Vamos, pues... Mas si, insensato,
se opusiese...

ZORA. (*Consternada.*)

¡Oh Dios!... ¿Entonces?

LISARDO. (*Resuelto.*)

Amándome tú, en el mundo
no habrá quien mi dicha estorbe.

*(Van a marchar y sale Liseo, viejo, con túnica negra, barba blanca
y apoyado en un báculo, y los detiene.)*

LISEO

Ten el paso, que a tu encuentro
salgo para que la logres.
Padre amoroso de Zora,
seguíla a este sitio, donde
he escuchado tus palabras
escondido entre esas flores.
Y la llama conociendo
que arde vuestros corazones,
y que en ti feliz encuentra
mi adorada prenda el hombre
más capaz por su cariño,
y más digno por sus dotes
de asegurar su ventura,
de merecer sus favores,
por esposa te la otorgo
ante Dios y ante los hombres.
Y bendeciré este enlace,
que hasta la muerte te impone
el compromiso sagrado
de ser su amparo, su norte,
su firme amante y su dicha,
si a jurarme te dispones
el cumplir eternamente
tan santas obligaciones.

LISARDO. *(Con decisión.)*

Yo lo juro por los cielos,
anciano, y airados sobre
mi frente su ira tremenda
y en maldición desplomen
si quebranto el juramento
que ahora de mis labios oyes.

LISEO. *(Abrazándolo.)*

Pues ahora ven a mis brazos,
para que ellos te coloquen
en los de tu amante esposa,
que tu tierno amor coronen.

(Entrega Zora a Lisardo y se abrazan estrechamente.)

LISARDO. *(Con agitada vehemencia.)*

Celeste luz de mi dichosa vida,
astro de amor y de delicias lleno,
ven, y descansa en mi agitado seno,
que ardiente apenas puede respirar.
Ven, que al tenerte en mis convulsos brazos,
al alentar tu embalsamado aliento,
una existencia tan divina siento
por mis estrechas venas circular,
que juzgo que en el Cielo es imposible
más venturoso ser. Ven, ¡oh alma mía!
Miro en tu rostro un sempiterno día,
en tus ojos un sol eterno arder.

Todo el confuso afán de mis delirios,
todas las ilusiones de mi mente
hoy se realizan al besar tu frente;
desfallezco de gozo y de placer.

(Cae sentado con Zora en el asiento rústico que estará en medio de la escena, y Liseo se coloca detrás, extendiendo los brazos sobre ambos. El asiento se eleva del suelo y se convierte en un trono formado de flores, de mariposas, de palomas y de tórtolas, y rodeado de cisnes, delfines y conchas, y entra por un lado y otro una tropa de salvajes y de sílfides que bailan en rededor, formando lazos con guirnaldas y bandas de colores, y ofreciendo a Lisardo y a Zora ramilletes y canastillos de flores. Concluida la danza, se retiran, y con ellos Lisio. Y desaparece todo, quedando el asiento rústico como estaba en el principio, y en él Lisardo y Zora como embelesados. Y tras de breve pausa se oirá debajo del tablado la Voz del genio del mal.)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Lisardo, en el mundo hay más.
El tiempo perdiendo estás,
¿Qué es belleza
sin riqueza...?
Busca riqueza, riqueza tendrás.
Lisardo, en el mundo hay más.

(Lisardo se pone de repente inquieto y pensativo.)

ZORA

¿Qué, Lisardo, te suspende...?
Yo no sé qué advierto en ti.
¿No eres venturoso...? Di...
Algo tu anhelo pretende.

LISARDO

¡Ay Zora! Sí. Aunque tu amor
es el aura que respiro,
y aunque dichoso me miro
de tu encanto poseedor,
a las dichas de mi pecho
y a la divina hermosura
esta soledad oscura
me parece campo estrecho.

ZORA. *(Con ansiedad y ternura.)*

¿Aquí contento no estás...?

LISARDO. *(Con vehemencia.)*

A tu lado, hermosa mía,
toda mi alma es alegría.

(Suena bajo el tablado la Voz del genio del mal.)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Pero hay en el mundo más.

ZORA

¿No te encantan estas flores
por las auras regaladas,
que, risueñas y esmaltadas,
dan balsámicos olores?
¿No esta pomposa techumbre
de verdes hojas y ramos,

bajo de la cual gozamos
del sol templada la lumbre?
¿No de este prado las galas?
¿No el murmullo de estas fuentes?
¿No esas nubes transparentes,
que el viento lleva en sus alas?
¿No la quietud en que estás?
¿Esta calma...? ¿Esta alegría...?

LISARDO. *(Que habrá estado muy pensativo mientras ha hablado Zora, se vuelve a ella y la abraza con entusiasmo.)*

Sí, me encantan, Zora mía...
Pero hay en el mundo más.

(Levantándose y creciendo su agitación.)

Hay más, sí. Lo anhelo todo
para ti sólo, mi amor;
pues fuera duro rigor
vivir siempre de este modo.
Cubran cimbrias Esmaltadas,
bronce y mármol tu beldad;
no en oscura soledad
las silvestres enramadas.
Denle sus suaves olores,
embalsamando el ambiente,
quemadas gomas de Oriente,
mejor que rústicas flores.
Los sonoros instrumentos
den a tu descanso arrullo;
no de un arroyo el murmullo,
ni de un ave los acentos.

Ornen tu frente gentil
oro, perlas y diamantes;
que esas flores rozagantes
parécenme adorno vil.
El orbe admirado vea
nuestro fuego sin segundo;
templo magnífico el mundo
de tu alta hermosura sea.
Pompa, riquezas, deseo,
¿Que es sin ellas la beldad?
¡Abrasado en la ansiedad
de la opulencia me veo!

(Cayendo en repentino abatimiento y paseándose sin hacer caso de Zora.)

Mas ¿cómo lograrla yo...?
¿Hay más grande desventura...?

ZORA. *(Que lo ha escuchado al principio asombrada, y que lo sigue después inquieta.)*

¿Mi cariño, mi ternura
no te bastan...?

LISARDO. *(Con despego.)*

Zora, no.

(Volviendo en sí y abrazándola.)

Con toda el alma te adoro;
pero hay en el mundo más.

ZORA. *(Afligida.)*

¿Te importuna ya quizás...?

LISARDO. *(Fuera de sí.)*

Ansío la pompa y el oro.
El brillo de las riquezas
es quien da brillo a los hombres...

(Creciendo su inquietud.)

¿Cómo consiguen los hombres
los tesoros y grandezas?
Si no los logran mis brazos,
ni los alcanza mi aliento,
el frenesí que en mi siento
me hará el corazón pedazos.

ZORA. *(Poniéndosele delante, muy afligida.)*

¡Lisardo...!

LISARDO. *(Recibiéndola en sus brazos.)*

Ven, Zora mía;
ven, que te idolatro, sí.
Pero vivir siempre aquí,
vivir en cárcel sería.
Si no logro mis anhelos,
y si es en la soledad
oscura felicidad
la que me otorgan los cielos,
como te tenga a mi lado,
no me importará volver
al peñasco donde ayer

era tan desventurado.
O al fin, burlando el rigor
de tan oscuro existir,
entre tus brazos morir...,
¡esto fuera lo mejor!

(Se reclina abatido en el hombro de Zora. Se abren y apartan los árboles del fondo y dejan ver a lo lejos un magnífico palacio; se oyen un cuerno de caza, caracolas y ladridos. Se reanima Lisardo, mirando sorprendido a todas partes, y salen Clorinardo y Fineo, ricamente vestidos de cazadores, y con ellos cuatro Caballeros lo mismo y una tropa de Monteros y Villanos, unos con perros de caza, otros con azores.)

CLORINARDO

Ya en el cenit sentado
la viva lumbre de su eterna llama
por los campos derrama
con tanta furia el sol, que bosque y prado
mustias miran sus ramas y sus flores.
Y ahogados de calor los cazadores,
y de sed abatidos los lebreles
no encuentran ya más fieras
que herir gallardos, o acosar crueles
por estos campos, montes y riberas.
No mira el gerifalte
ave pintada que veloz esmalte
las leves nubes que ornan el espacio.
Si os parece, Lisardo generoso,
vamos a tu magnífico palacio
a disfrutar de plácido reposo,
que no ha sido perdida la mañana,
pues caza habernos hecho

que debe de dejarte satisfecho,
y de ella nuestra gente estar ufana.

FINEO

Es, amigo Lisardo,
tan rica y abundante,
que excede a lo que pinta Clorinaro.

(Señalando al lado por donde salieron.)

Ahí la tienes delante.
A examinarla ven, pues imagino
que quedará saciado tu deseo,
rindiendo por trofeo
al encanto divino
de tu adorada esposa,
que es de tu pecho y de estos valles diosa,
tanta fiera postrada,
ya por nuestros venablos humillada,
ya por los fieles perros
que atruenan con ladridos estos cerros.
Tanta garza real, y aves tan raras,
a que cortara el vuelo
o la acerada punta de las jaras,
o el neblí volador allí en el cielo
Ni un solo tiro ha errado Clorinaro.
Ven a verlo por ti, noble Lisardo.

CLORINARDO

Di mejor que la caza de este día
se debe a tu destreza y valentía,
generoso Fineo.

LISARDO. *(Acercándose con Zora al bastidor y manifestando gozosa admiración.)*

¡Ah!... Si, amigos, ya veo
con admirados ojos
rendidos a mis pies tantos despojos.
¡Qué feroces y rudos jabalíes!
¡Qué cervales rodados!
¡Cuántos ligeros corzos y venados!
Muy bien han trabajado los neblíes,
según la inmensa suma
de aves gallardas de brillante pluma,
que llenan de placer la vista mía.
¡Ay mi Zora adorada!
¿No estás de este espectáculo encantada?

ZORA. *(Con sencillez.)*

A mi sólo me encanta tu alegría.

LISARDO. *(Con sencillez.)*

Y a mí tu amor.

(Impaciente.)

Pero al palacio vamos;
y ni un momento más nos detengamos.

*(Vanse Clorinardo, Fineo, los Cazadores y Villanos,
y al salir Lisardo y Zora cambia la decoración.)*

ESCENA TERCERA

Magnífico salón adornado fantásticamente de mármoles, bronces y ricos cortinajes. LISARDO y ZORA, que iban a salir, retroceden admirados al centro de la escena.

LISARDO. *(Sorprendido.)*

¡Cielos, cielos!... ¿Deliro?
A mi afán sobrepuja cuanto miro.

(Salen por un lado cuatro Pajes ricamente vestidos, y en azafates de plata traen magníficas ropas para Lisardo. Al mismo tiempo, por el lado opuesto, salen cuatro Damas, y con iguales azafates con vestidos y joyas para Zora. A cada lado se alzan del suelo dos caprichosos tocadores con espejo de metal, y delante de uno visten los Pajes a Lisardo y las Damas a Zora delante del otro; retirándose unos y otros respetuosamente por el mismo sitio por donde salieron, y desaparecen los tocadores. Zora queda como indiferente, a todo en el puesto que la vistieron, y Lisardo, después de examinarse a sí mismo, con gran complacencia, vuelve los ojos a Zora y corre a abrazarla, transportando de alegría.)

¡Qué hermosa estás así!
¡Qué bien adornan tu lozana frente
el oro y el rubí
con la cándida perla del Oriente!
¡Oh cuán gallarda estás
de seda con la ropa rozagante!

¡Y cuánto luce más
la nieve de tu seno palpitante!

(La abraza.)

Abrázame, mi amor.
Nada iguala las dichas que hoy poseo.
Mi ventura es mayor
que cuanto ambicionaba mi deseo.

ZORA. *(Con tierna sencillez.)*

Yo, como en el vergel,
soy en este palacio venturosa,
pues aquí, como en él,
logro llamarme tu querida esposa.

LISARDO. *(Después de abrazarla cariñosamente y reconociendo dudoso el salón.)*

¿Dónde, Zora, estarán,
los tesoros inmensos y riqueza
que fundamento dan
a tanta pompa y sin igual grandeza?

(Salen Natalio, viejo, ricamente vestido con una pértiga de plata en la mano; detrás de él, de dos en dos y en buen orden, armenios, persas, indostanes, árabes, chinos, etíopes, moscovitas, dálmatas y otras figuras fantásticas, que en cofres de oro, en sacos de púrpura, en caprichosas angarillas y palanquines, en grandes bateas, en primorosos pebeteros y en las manos y en los hombros, traen diferentes riquezas que se enumeran en la relación siguiente. Al mismo tiempo salen y se alzan del tablado, en el fondo, elegantes aparadores, donde se vayan colocando con vistoso orden y aparato todos aquellos objetos.)

NATALIO. *(Saludando con gravedad y respeto a Lisardo y a Zora.)*

Esclarecido Lisardo,
señor a quien reverencian
por su dueño estos contornos,
por su amparo estas aldeas.
Yo, intendente de tu casa
y colector de tus rentas,
te presento el rendimiento
que ofrecen lejanas tierras
a tus plantas en tributo,
pábulo de tu opulencia.

*(Van pasando los Comparsas presentando lo que traen
y haciendo profunda reverencia.)*

El monte Ofir, granos de oro;
el mar de Oriente, sus perlas;
sus pedrerías, Golconda;
sus ricos tejidos, Persia;
sus perfumes, el Arabia;
China, matizada seda;
Libia, sus rizadas plumas;
vistosas pieles, Siberia;
marfil, Orisa; Sidonia,
púrpura; cristal, Venecia,
y cuanto el arte produce,
modifica y hermosea.
Todo esto, señor, es tuyo;
feliz disfrútalo, y sean
eternidades los años

que goces tantas riquezas
en los brazos de tu esposa
y en la quietud de esta tierra.

(Después que los Comparsas dejan acomodado todo en los aparadores, se forman en ala en el fondo de la escena, y Natalio, haciendo una profunda reverencia a Lisardo, les hace señal con la pértiga de plata, y vanse de dos en dos; detrás de él, Lisardo recorre atónito los aparadores, como embriagado de tanta riqueza, y se dirige después a Zora, que habrá conservado su sencilla indiferencia.)

LISARDO

Bella Zora, mi bien, ¡qué alta ventura
es para mí ofrecer hoy a tus plantas
la inmensa suma de riquezas tantas
como debido obsequio a tu hermosura!
Con tal tesoro y con tan linda esposa,
¿qué más puede anhelar el ansia mía?
Más allá no es posible en la alegría
que en mi saciado corazón rebosa.
¿No estás contenta?... Di.

ZORA

Siempre a tu lado,
si me quieres, Lisardo, estoy contenta.
Es mi dicha tu amor, ora opulenta,
ora indigente; como plazca al hado.

LISARDO. *(Abrazando a Zora.)*

Me enajena el placer, Zora querida.
Más dicha apetecer fuera demencia,
que en tus brazos gozar y en la opulencia

el breve curso de la humana vida.
¡Ah!, venga a contemplar tanta ventura
el mundo todo, y su deidad te aclame.
Venga y el hombre más feliz me llame
por dueño de tu amor y tu hermosura.

*(Salen Fineo y Clorinardo con cuatro Caballeros de los que salieron de cazadores,
y todos vestidos de gala.)*

FINEO. *(Muy rendido.)*

Ya que estaréis descansados,
¡oh Lisardo, oh linda Zora!,
a obsequiaros y a serviros
nuestra amistad fina torna.

CLORINARDO

Y a contemplar, si permites,
estas riquezas que adornan
tu magnífico palacio
y tu ventura coronan.

(Se acercan a los aparadores con los cuatro Caballeros.)

LISARDO. *(Obsequioso.)*

Seáis entrambos bien venidos
a ver cuánto es venturosa
mi suerte, y cómo los cielos
hoy de sus dones me colman.

FINEO. *(Acercándose muy rendido a Zora.)*

¡Oh qué bella resplandece
vuestra noble faz, señora,

sol que ilumina las almas
de cuantos miraros gozan!

ZORA. *(Con sencilla indiferencia.)*

Siempre galante, Fineo,
sois en palabras y en obras.

LISARDO

Pero hoy la verdad te dice
que eres un prodigio, Zora.

CLORINARDO. *(Repasando con ávidos ojos las riquezas.)*

Ved, amigos, qué portento
de tesoros se amontona
en estos aparadores.
¡Dichoso quien tanto logra!

(Clorinaro y los Caballeros hablando entre sí, lo mismo que Fineo y Zora; aquél, con vehemencia, y ésta, sosegada. Y Lisardo, que se había mostrado muy complacido, queda trastornado oyendo sonar bajo el tablado, como siempre, la Voz del genio del mal.)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Es acechada
la belleza.
Es codiciada
la riqueza.

FINEO

De cuantos ricos tesoros,
de cuantas soberbias joyas

en su espacioso recinto
este alcázar atesora,
es el más resplandeciente,
es la más encantadora
el de la belleza suma
de vuestras divinas formas,
el de la expresiva gracia
de vuestras acciones todas.
Y venturoso Lisardo...

ZORA

Cesen ya vuestras lisonjas.
Con tener ese tesoro,
con poseer tan rica joya
a los ojos de Lisardo,
me tengo por venturosa.

(Siguen hablando entre sí.)

CLORINALDO. *(Siempre, recorriendo los aparadores.)*

¡Oh qué envidiable opulencia!
El alma me tiene absorta.

(Sigue hablando con los suyos.)

LISARDO. *(Desde que oyó la voz corre desatentado, ya a escuchar lo que hablan Fineo y Zara, ya a espiar a Clorinaldo y a los cuatro Caballeros, y convulso y despechado se para a un lado, y dice aparte.)*

¡Ah! ¡Clorinaldo, Fineo!,
con su presencia me ahogan;
de uno, las dulces palabras;
de otro, las miradas torvas;

toda el alma me envenenan,
todo el pecho me destrozan.
Codician, sí, mis venturas...
Las acechan... Me las roban...
El corazón me atormentan;
tal temor y tal zozobra
siento en mí, tales recelos,
tales ideas se agolpan
en mi acalorada frente,
que en una sima espantosa
de tormentos insufribles
y de infernales congojas
me confundo. ¡Cielos, cielos!,
¿qué dice Fineo a Zora...?
Clorinardo, ¿qué proyectos
dentro de su mente forja?

(Resuelto.)

¡Ah!, devórelos la llama
que mi airado pecho brota.
No tengo espada, no tengo
espada... ¡No!... Mas ¿qué importa?
Tengo brazos, y con ellos
y con mi esfuerzo me sobra
para hacer cien mil pedazos
al que intente...

(Conteniéndose.)

¿Dó me arroja
mi furor?... ¡Ah!, reprimirme
tal vez me conviene ahora,

que cuando hay que perder mucho
la decisión no es tan pronta.

(Alto y con voz templada.)

¡Oh Clorinaro, oh Fineo!
Escuchadme, amigos, ¡hola!

CLORINARDO. *(Acercándose muy solícito.)*

¿En qué podemos servirte?

FINEO. *(Acercándose.)*

Dispón de nuestras personas.

LISARDO. *(Turbado.)*

Aún más descanso quisiera,
que está fatigada Zora.

FINEO

Al punto nos retiramos;
nuestra imprudencia perdona.

CLORINARDO.

Tornaremos cuando gustes,
porque nos anima sola
el ansia de complacerte.

FINEO. *(Mirando a Zora.)*

¡Oh, qué mujer tan hermosa!

(Vase.)

CLORINARDO. *(Mirando a los aparadores.)*

¡Oh, qué envidiable riqueza!

(Vase con los cuatro Caballeros.)

LISARDO

La rabia mi pecho ahoga.

(Queda sumergido en honda y sombría meditación, y Zora, después de observarle con afán, corre a él con la mayor ternura.)

ZORA

Mi Lisardo, mi esposo,
mi único bien..., ¿qué tienes?
¿A abrazarme no vienes?...
¿Se ha entibiado tu amor?
Turbado, cuidadoso
desque riquezas tantas
contemplas a tus plantas,
te miro con dolor.

LISARDO. *(Agitadísimo.)*

Aparta, que tu voz de una manera
vibra en mi corazón
que no puedo explicar, aunque quisiera,
y me llena de furia y confusión.

ZORA. *(Afligida.)*

Lisardo, consternada,
¡oh mísera infelice!,

lo que tu labio dice
me ha dejado. ¡Ay de mí!
En tu mente agitada,
¿qué feroz pensamiento
reina en este momento
que te ha mudado así?

LISARDO

Reinan, ¡oh Zora!, en mi confuso pecho
tal zozobra y afán,
que tienen, ¡ay!, mi corazón deshecho,
y mi alma rota envenenando están.
Tu hermosura y tu amor en mi garganta
son áspero cordel,
y en tomo veo, entre riqueza tanta,
de engaños y de sustos un tropel.

ZORA. *(Con gran ternura.)*

Explícame, Lisardo,
la pena que te oprime.
Lo que en ti pasa dime.
¡Ay!, me muero si no.
Habla, que ansiosa aguardo
de tu amargo delirio,
de tu afán y martirio
ser el consuelo yo.

LISARDO. *(Abatido, aparte.)*

¡Ay!... Un labio tan puro y delicioso,
¿podrá, ¡cielos!, mentir...?

Acaso... No, imposible. ¡Qué horroroso
entre duda y recelo es el vivir!

(Alto.)

¿Qué te decía tan galán Fineo?
¿De qué, dime, te habló?
Sólo el averiguarlo es mi deseo;
dímelo al punto, pues lo exijo yo.

ZORA

Yo, Lisardo, gustosa
referítelo quiero:
rendido y lisonjero
elogió mi beldad.
Me dijo que era diosa
de almas y corazones...

(Turbada al mirar el semblante de Lisardo.)

Mas ¿pálido te pones
y crece tu ansiedad...?

LISARDO. *(Furioso.)*

¡Cielos! ¿Y tú gozosa lo escuchaste?
¿Y lo osas repetir...?
¿Qué veneno en mi pecho derramaste?
¿En qué sima infernal me vas a hundir?

ZORA. *(Con ansiedad.)*

¡Lisardo!... ¿Qué te altera?
¿No eres tú el que querías

de nuestras alegrías
testigo el mundo hacer?
Y ahora de esta manera,
porque me elogia el mundo,
en rencor furibundo
miro tu pecho arder.
Y feroz y celoso
de mi fe pura y santa,
con injusticia tanta
te atreves a dudar.
Vuelve en ti, dulce esposo;
injustos son tus celos,
lo juro por los cielos...
Ven..., tórneme a abrazar.
Ven, injusto Lisardo,
y a la selva tornemos,
donde tantos extremos
a tu amor merecí.
Pues tiemblo y me acobardo
al mirar tu semblante,
inquieto y delirante,
desde que estoy aquí.

LISARDO. *(Que durante la relación anterior habrá caído en profundo abatimiento, se arroja en brazos de Zora.)*

¡Ay de mí! ¡Zora!... Tu divino acento
bálsamo es celestial!
que de mi corazón calma el tormento.
Ven a mi seno, esposa angelical.
¡Ah! Perdona a mi amor puro y ardiente,
¡oh divina mujer!,

que en furia se convierte de repente
si teme que tu encanto va a perder.
Sí; estoy seguro de que nadie puede
tu tierno corazón
robarme, porque es bronce que no cede
al golpe de la inicua seducción.
Mas otro susto, aunque menor...

ZORA. *(Dudosa.)*

¡Lisardo!

LISARDO

Zora, ¿no viste, di,
la envidia y ansiedad de Clorinaro
al ver estas riquezas que hay aquí?

ZORA

¿Las codicia tal vez...?

LISARDO

Robarlas quiere.
Mas no las robará,
aunque con esos cómplices viniere,
con los que acaso un plan ha urdido ya.
Mas no tengo, entre tanto como tengo,
una espada... Y tal vez...

(Resuelto.)

Mas no importa, que en tanto que la obtengo
me sobran mi denuedo y mi altivez.

*(Recorre inquieto la escena, y Zora le sigue con la vista.
Suena debajo del tablado la Voz del genio del mal.)*

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Amparo de la belleza,
defensor de la riqueza
es el poder.
El da al hombre
gloria y nombre,
fama eterna, eterno ser.

(Lisardo, que oye esta voz, viene al centro de la escena y queda pensativo.)

ZORA. *(Acercándose a Lisardo.)*

¿Qué nueva inquietud, Lisardo,
noto en tu semblante yo?
¿Qué otro nuevo pensamiento
agita tu corazón?

LISARDO

Contemplando estaba, Zora,
que cuando el Cielo me dió
de tu beldad el tesoro,
con el inmenso valor
de esas riquezas, dominio
y poder darme debió,
para ser de ti y de aquéllas
el amparo y protección.
Y porque, al cabo, ¿qué sirven
y del mundo en este rincón

un palacio, esas riquezas,
tanta dicha, tanto amor?
Mi ardorosa fantasía
y mi activo corazón
han menester más espacio
y una esfera superior.
Hombre a quienes el Cielo
el temple que tengo yo
les concede, necesitan
dar muestras de su valor:
tener mando y poderío,
y un renombre, que en la voz
de la fama imponga al mundo
respeto y admiración.

ZORA. *(Asustada.)*

¡Lisardo!...

LISARDO

Sí, Zora mía.
No puedo ocultarlo, no.
Arde en tan activo fuego
mi gigante corazón,
que es estrecho este recinto
para extender su explosión.
Quiero volar a otro espacio,
y de gloria y nombre en pos
quiero recorrer el mundo;
quiero...

ZORA. *(Afligida.)*

¡Desdichada yo!
Abandonar, ¡oh Lisardo!,
esta opulenta mansión,
y, el delicioso sosiego
que el Cielo te concedió,
despreciando estas riquezas,
y mis brazos, y mi amor.
¡Insensato!

LISARDO

Zora mía,
porque crece la pasión
con que te adoro, deseo
gloria y poderío yo.
Ya a mis ojos esas joyas
que adornan tu frente son
vil adorno, aunque tan rico;
quiero dártelo mayor,
del poder y de la gloria
el eterno resplandor,
y el de un nombre esclarecido,
y el de un soberbio blasón.
Quiero que, atónito, el mundo,
al verte, diga a una voz,
amante no, reverente,
con más respeto que amor:
"Esa esposa es de Lisardo,

del que el orbe dominó;
del que igual no reconoce
en cuanto descubre el sol.”

ZORA

Me estremece tu osadía,
me confunde tu ambición.
La dulce paz de las selvas
tu delirio desdeñó,
y la opulencia tranquila
ya cansa a tu alma feroz.
¡Ay Lisardo!

LISARDO

Amada esposa,
tu encanto, tu tierno amor
son los que me empujan sólo
a ansiar el verme mayor.

(Agitado.)

¡Cielos..., cielos! Concededme
camino por donde yo
consiga poder y gloria...
Presentadme una ocasión
para que conozca el mundo
dónde alcanza mi valor.

(Fuera de sí.)

Todas aquellas riquezas,
que ya despreciables son
a mis ojos, trocaría

por mirarme triunfador
en un campo de batalla;
por ver a mi altiva voz
cien legiones obedientes;
por oír en la aclamación
de un pueblo entero mi nombre
llegar al trono del sol.
¿Por qué estas delgadas sedas
templado acero no son?...
¿Por qué estas joyas en armas
no cambia la suerte?... ¡Oh!

ZORA. *(Muy afligida.)*

Lisardo, Lisardo mío...
¡Ay, qué fuego arde feroz
en tus ojos!... Cuál tu pecho
agitado...

(Va a abrazarlo.)

LISARDO. *(Rechazándola, fuera de sí.)*

Aparta, no...
Peligros, fatigas, todo...
Hasta crímenes...

ZORA. *(Retrocediendo, asustada.)*

¡Qué horror!

LISARDO

Logre por cualquier camino
poder y dominio yo.

(Quedan en la mayor agitación. Suenan a lo lejos trompas y timbales. Se estremece Lisardo, y queda pasmada Zora. En seguida se oye rumor de pueblo. Corre Lisardo desatentado de un lado a otro, y suenan voces dentro.)

VOCES. *(Dentro.)*

¡Viva nuestro general!
¡Viva el valiente Lisardo!

OTRAS VOCES. *(Dentro.)*

Defendiéndonos gallardo
adquiera nombre inmortal.

ZORA. *(Admirada.)*

¡Lisardo!... ¡Cielos!

LISARDO. *(Abrazándola, enajenado.)*

Zora..., ¡esposa mía...!

ZORA.

¿Escuchas?

LISARDO

Ya escuché... ¡Dichoso día!

(Entra Arbolán ricamente vestido, con seis Caballeros armados y dos Pajes, que en bateas de plata traen uno, una coraza y un casco magníficamente empenachado, y otro, un escudo, una espada y un manto, y entran también una tropa de guerreros y otra de pueblo.)

GUERREROS

¡Viva nuestro general!
¡Viva el valiente Lisardo!

PUEBLO

Defendiéndonos gallardo
adquiera nombre inmortal.

ARBOLÁN

Lisardo generoso,
de tu valor y esfuerzo noticioso,
nuestro gran rey me envía
para, en su nombre, el mando
darte de sus ejércitos, ansiando
que defiendas su extensa monarquía,
que hoy las falanges bárbaras circundan,
y de sangre y de lágrimas inundan.
Viste la noble malla,
empuña altivo el fulminante acero,
y en reñida batalla
rinde y destroza al enemigo fiero,
que encadenar a nuestra patria intenta,
y que de nuestro rey el nombre afrenta.

(Empiezan los Pajes a armar a Lisardo.)

LISARDO. *(Orgullosa.)*

El mando acepto. Y en mi estrella fío
que pronto la victoria
coronará de gloria
el alto aliento de mi noble brío.

ZORA. *(Afligida, queriendo abrazar a Lisardo.)*

¡Oh Lisardo!... ¡Oh mi bien!

LISARDO. *(Con desdén.)*

Déjame, Zora;
de caricias y amor no es tiempo ahora.

(Al ceñirle la espada, la empuña y dice aparte.)

¡Cielos!... Tengo una espada,
y la tengo empuñada
con garra de león. ¡Ah! Tiemble el mundo,
pues siento de mi pecho en lo profundo
todo un volcán arder, y de él alzarse
y hasta el cielo lanzarse
alma tan colosal, que una corona
de soles busca en la elevada zona.

(Ya acabado de armar, dice alto y con energía.)

Valerosos guerreros,
volemos al combate, a la matanza;
un triunfo en cada lanza
miren temblando los contrarios fieros.
La muerte o la victoria;
o al sepulcro, o al templo de la gloria.

*(Le presentan un escudo, se sube en él y, atravesando por debajo de él dos lanzas, le
alzan cuatro Soldados de tierra, y así sale de la escena.)*

ZORA. *(Arrojándose a su encuentro, desconsolada.)*

¿Dónde, Lisardo, vas?

LISARDO

Donde me llama
el astro del dominio y de la fama.

(Vanse. Cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

La escena representa la gran plaza de una magnífica ciudad oriental, ocupada, como los balcones y azoteas, por un pueblo inmenso, en que se vean distintas clases, edades y sexos. Tremolarán banderas de colores en las torres y obeliscos. Se oirán bandas de músicas militares. Sale una tropa de guerreros; detrás de ellos, trofeos de pendones y armas vencidas, y luego ARBOLÁN con los mismos seis caballeros que le acompañaban en la última escena del acto anterior. Después, un magnífico carro triunfal, tirado por cuatro reyes bárbaros encadenados, y rodeado de un toro de doncellas, vestidas de blanco, con guirnaldas y pebeteros que echan humo. En el carro sale sentado LISARDO con un rico y brillante capacete, coronado de vistosas plumas, y vestido de armas resplandecientes, y encima un manto de púrpura. Detrás del carro saldrán guerreros cautivos. La escena estará alumbrada con llama de bengala. El carro se parará en medio de ella, y en su alrededor bailarán las doncellas. Y el pueblo se prosterna ante él. La gruta de Marcolán estará siempre inmutable.

UN GUERRERO

¡Viva nuestro general,
el valeroso Lisardo!

UNO DEL PUEBLO

Defendiéndonos gallardo
adquirió nombre inmortal.

Todos

¡Viva nuestro general!

UNA VOZ. *(Cantando acompañada por la orquesta.)*

Un rayo es su espada
que al bárbaro aterra,
y al dios de la guerra
causara pavor.

CORO. *(Cantando acompañado por las bandas militares.)*

¡Viva el vencedor!

Voz

La patria salvada
por su esfuerzo vemos;
ufanos cantemos
su heroico valor.

CORO

¡Viva el vencedor!

Voz

Glorioso su nombre,
que el orbe proclama,
alcance en la fama
eterno loor.

CORO

¡Viva el vencedor!

Voz

Y aterre y asombre,
deshaga y confunda
la saña iracunda
de todo invasor.

Coro

¡Viva el vencedor!

*(Vuelven a bailar las Doncellas un momento,
y se pone en movimiento lentamente el carro.)*

UN GUERRERO

¡Viva nuestro general,
el valeroso Lisardo!

UNO DEL PUEBLO

Defendiéndonos gallardo
adquirió nombre inmortal.

Todos

¡Viva nuestro general!

*(Sale el carro de la escena, y vanse por un lado y otro,
con la rapidez posible, el pueblo y los coros.)*

ESCENA SEGUNDA

Se alza por escotillón un magnífico trono, y en él sentados el REY con manto real y corona. Rápidamente se cambia la escena al mismo tiempo en un salón fantástico y magnífico. Salen por un lado y otro guardias, damas, pajes y cortesanos, todos vestidos de gala, y LISARDO con la cabeza descubierta, seguido de ARBOLÁN y de sus seis caballeros.

REY

Valeroso Lisardo, en quien el mundo
ve arder un sol de gloria sempiterna,
defensor de mi reino y de mi trono,
ven, y a mis brazos, cual mereces, llega.
Ven a que ciñan tus gloriosas sienes
de laurel eternal mi mano regia.
Ven a ser el segundo de mi imperio,
y la joya mayor de mi diadema.

LISARDO

Monarca generoso, cuyo nombre
postrado el mundo atónito respeta,
y a quien espero que mi fuerte lanza
haga dominador de la ancha tierra,
esas palabras que os dignáis hablarme

son premio suficiente y recompensa
de mis fatigas todas, y me ensalzan
de la inmortalidad a la alta esfera.
Logre la dicha, sí, de que mi frente
vuestra mano real hoy engrandezca
con el verde laurel. Mas permitidme
que, antes que goce las mercedes vuestras,
las reclame en favor de los valientes
que con esfuerzo heroico y fortaleza
a lograr la victoria me ayudaron
y a dar cima feliz a mis empresas.
El valiente Arbolán, y estos valientes,
que hoy ante vuestro solio se presentan,
a mi lado gloriosos combatieron,
arrollando las bárbaras enseñas
y sembrando el asombro y exterminio,
de la patria y de vos en la defensa.
Antes que a mí premiadlos, yo os lo ruego.
Dadles el galardón de sus proezas,
pues sin su esfuerzo y lanzas invencibles,
el término felice de la guerra
no hubiera, no, tan pronto coronado
nuestro noble valor con gloria eterna.

REY

Con tu esfuerzo, Lisardo generoso,
que compita pretendes tu nobleza.
Ven, y el laurel recibe de mi mano;
y a tu gusto después corona y premia,
como dispensador de mis mercedes,

a los que han militado en tus banderas.
Tú, testigo ocular de sus hazañas;
tú, ejemplo de su arrojo y fortaleza;
tú, segundo en mi imperio, eres el solo
que en mi nombre ha de darles recompensa.

LISARDO. *(Aparte.)*

¡Oh inefable placer!... Es imposible
que alcance un hombre superior esfera.
¡Ah!... Todos mis afanes se han cumplido.
No hay mortal más feliz que yo en la Tierra.

(Al acercarse al trono clava los ojos en la Reina, y se turba. Aparte.)

¡Cielos!... ¡Qué sol radiante de hermosura!
Merece ser del Universo reina.

(Llega al trono, hinca las rodillas delante del Rey, y éste toma un laurel, que le presenta un Paje en una batea, y corona a Lisardo. Entre tanto suena bajo el tablado la Voz del genio del mal.)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Lisardo, en el mundo hay más.
Tú de rodillas estás
delante de este dosel,
y un hombre sentado en él,
que no es, cual tú, vencedor.
¿Lo sufrirá tu valor?

(Acaba el Rey de coronar a Lisardo, y éste se levanta agitado y pensativo.)

REY

La rodilla doblad también, Lisardo,
ante las plantas de mi esposa excelsa
para que por su mano galardone
el insigne valor que en vos alienta.

LISARDO. *(Aparte, acercándose turbado.)*

¡Oh, qué prodigio de beldad!... Mi pecho
al ir a contemplarlo tan de cerca,
arde y se abrasa... ¡Oh, cuán venturoso
será el mortal que su atención merezca!

(Se hinca de rodillas delante de la Reina, y ésta se quita una rica banda bordada de oro, y la echa al cuello de Lisardo. Entre tanto suena bajo el tablado la Voz del genio del mal.)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Esa divina mujer,
¿por qué tuya no ha de ser...?
Piensa el camino en que estás.
Lisardo, en el mundo hay más.

(Se levanta Lisardo muy agitado, y dice aparte.)

LISARDO

¡Yo de rodillas, yo, y otro hombre en tanto
sentado en un dosel...! ¡Y una hermosura,
una celeste angélica criatura

siendo a mis ojos su amoroso encanto!
No sé qué pasa en mi abismado pecho.
Ni la gloria, ni el eco resonante
del popular aplauso, ni el triunfante
laurel me lo han dejado satisfecho.

REY. *(Levantándose de su asiento.)*

¿Qué os suspende, Lisardo...? Ansioso espero
que premiéis en mi nombre los afanes
de esos esclarecidos capitanes,
y en mayor libertad dejaros quiero.

(Baja del trono)

REINA. *(Con vehemencia bajando del trono acercándose a Lisardo.)*

Modelo de valor y gallardía,
eterna, cual erá vuestra alta gloria,
en vuestro pecho reine la memoria
de que esa banda que os ceñís fué mía.

(Vanse el Rey y la Reina y todo el acompañamiento, quedando solos Lisardo, Arbolán y los seis Caballeros.)

LISARDO. *(Aparte.)*

El todo su poder así me deja;
pero no me ha sentado, no, en su trono.
Y de ella, ¡cielos!, el semblante, el tono...
No sé qué afán el corazón me aqueja.
Aún hay más, y ese más ha de ser mío.
¿Por qué me he de parar en la carrera

que ofrece la fortuna placentera
al raudo curso de mi ardiente brío?

ARBOLÁN. *(Hincando una rodilla, y lo mismo hacen los seis Caballeros.)*

Valeroso general,
permítenos que postrados
tus favores señalados...

LISARDO. *(Aparte, mirándolos con complacencia.)*

Puestos así no están mal.

ARBOLÁN

...te paguemos...

LISARDO. *(Levantándolos con afectada solicitud.)*

¡Qué locura!
Alzad amigos leales,
pues somos todos iguales
en la gloria y la ventura.

ARBOLÁN

No hay ninguno igual a ti.

LISARDO. *(Aparte.)*

¡Ojalá!

(Alto.)

Todos lo fuimos
cuando en el campo vencimos,
y debemos serlo aquí.

ARBOLÁN

Nos honras, que fué tu espada
la sola que consiguió
el mayor triunfo que vió
la Tierra. Y es extremada
la bondad con que ante el rey
de elogios hoy nos colmaste
y premios solicitaste...

LISARDO

Muy justos a toda ley.
Y pues que en mi mano está
el repartirlos, pedid,
que vuestro esfuerzo en la lid
galardonado será.

ARBOLÁN

Eres generoso y justo;
a tu voluntad dejamos
el premio, y nos sujetamos
a lo que fuere tu gusto.

LISARDO. *(A Arbolán.)*

Tú senescal has de ser
del imperio, y del Tesoro
quinientos marcos de oro
puedes ir a recoger.

(A los Caballeros.)

A aquesto seis caballeros,
generales de frontera
los nombro, y tras su bandera
verán doce mil guerreros.
Y dos mil marcos de plata
cada cual ha de tomar.

ARBOLÁN. *(Arrojándose con los seis Caballeros a los pies de Lisardo.)*

Déjanos tus pies besar.
Tuviéramos alma ingrata
a no demostrar así
que esclavos tuyos nos haces;
y hasta de morir capaces
somos, Lisardo, por tí.

LISARDO

Alzad, amigos, alzad.

ARBOLÁN. *(Levantándose.)*

¡Oh, qué bondad tan inmensa!

LISARDO. *(Con énfasis.)*

Sólo quiero en recompensa
que me juréis amistad.

ARBOLÁN. *(Con vehemencia.)*

¡Ojalá llegue ocasión
en que de ella reclaméis!...

LISARDO

¿A todo me ayudaréis?

ARBOLÁN. *(Resuelto)*

Nuestros brazos vuestros son.

LISARDO

Está bien. ¿Y los soldados?

ARBOLÁN

Os adoran, general.
No reconocen igual
en todos estos Estados.

LISARDO. *(Satisfecho.)*

Está bien. Víveres, oro,
laureles les repartid,
y en mi nombre les decid
que su amor es mi tesoro.

ARBOLÁN

Sois su numen tutelar;
confianza en ellos tened,
vuestro apoyo en ellos ved,
que a todo os han de ayudar.

(Vase con los seis Caballeros.)

LISARDO. *(Después de meditar un momento.)*

Grandes mis dichas son.
Mucho le debo, mucho, a la fortuna.

Ya sólo un escalón
hay para una eminencia cual ninguna.

(Mira al trono.)

¿Y no lo he de subir...?
Fuerza, sí, para hollarlo hay en mi planta.
¿Quién me lo ha de impedir?...
Aunque es su altura grande, no me espanta.
¿Qué me detengo, pues?

(Se dirige al trono, y se para como asombrado.)

Ante mí, ¡cielos!, se alza una barrera...,
¡ay, qué más alta es
de lo que mi delirio presumiera!
Pero qué..., ¿yo temblar?
¿Yo como un miserable retrocedo?
No, que allí he de llegar:
allí ha de colocarme mi denuedo.
Dadme la muerte hoy,
¡cielos!, o que ese puesto altivo escale.
¿Qué es la altura en que estoy,
si otra mayor encima sobresale?

(Meditando.)

Heroico vencedor
me pregonan los labios de la fama...
Por su libertador
un pueblo entero atónito me aclama.
¿Y no podrá tal vez
el público entusiasmo y ardimiento
coronar mi altivez,

dándome hoy mismo ese elevado asiento?

(Despechado.)

No quiero otro mortal
ver, de rodillas yo, cual vi sentado
en ese alto sitial,
que ha de ser mío aunque le pese al hado.

(Corre hacia el trono resuelto y se detiene viendo venir a la Reina.)

¡Cielos!... ¿Quién viene allí?
La reina, hermosa como sol luciente.
Nunca turbado vi
beldad más seductora y esplendente.

(Sale la Reina.)

REINA. *(Cariñosa.)*

¿En esta cámara solo
aún estáis, noble Lisardo,
y, cual vuestra frente muestra,
pensativo y agitado?
¿Qué os altera y acongoja,
cuando habéis en lo más alto
la rueda de la fortuna
con firme planta fijado?
¿Qué inquietud turba los goces
que os deben dar esos lauros,
tan esclarecida gloria,
tan merecidos aplausos?
Si aún hay en el ancho mundo,

valiente guerrero, algo
que excite vuestros deseos,
al punto manifestadlo
sin temor a vuestra reina,
pues si pende de su mano,
al punto tendréis, lo juro,
cuanto apetezcáis, Lisardo.

LISARDO. *(Perplejo.)*

Señora..., el interés grande
que me muestra vuestro labio,
mi más fervoroso anhelo
deja cumplido y colmado;
que merecer de ese modo
solícito sobresalto
a vuestro pecho es, señora,
una dicha, un bien tan alto,

(Con vehemencia.)

que por conseguirlo diera
gloria, laureles, aplausos,
mi sangre, toda mi vida...

REINA. *(Complacida.)*

¿Estáis de veras hablando?

LISARDO

Con el alma... Mas ¿qué os turba?

REINA. (*Agitada.*)

Temor, ¡oh noble Lisardo!...

LISARDO. (*Apasionado.*)

¿De qué?

REINA. (*Tímida.*)

De que sorprendisteis
de mi pecho los arcanos.

LISARDO

¡Oh reina!

REINA

¡Ilustre guerrero!

LISARDO. (*Turbado.*)

¡Señora...! ¿Llegará a tanto
mi dicha...? ¿Tan venturosa
mi suerte...?

REINA. (*Apasionada.*)

¡Quién contemplaros
puede con esa aureola
brillante como los astros,
que vuestra frente circunda,
sin que os rinda..., ¡cielo santo!
¿Por qué la pasión del pecho

no sabe encubrirla el labio?
sin que os rinda... Pero basta;
¡no puedo más..., no, Lisardo.

LISARDO. *(Arrebatado.)*

Vuestras palabras, ¡oh reina!,
sol, diosa, prodigio, encanto,
me hacen más que hombre; me lanzan
a un cielo que el de los astros
deja atrás... Desde el momento
que os vi, los ardientes rayos
de vuestros divinos ojos
con tan poderoso encanto
mi corazón y mi mente
encendieron y alumbraron,
que ya no vi en todo el orbe
más que a vos, a vos, ansiando
sólo merecer dichoso
vuestra atención y cuidado.
Y la victoria, los triunfos,
los laureles, los aplausos,
ya nada para mí fueron,
que eran nada al compararlos
con la dicha de serviros,
con la gloria de agradaros.

REINA

¡Cielos, qué escucho? ¿Merezco
que seáis vos...?

LISARDO. *(Arrojándose a sus plantas.)*

Sí..., vuestro esclavo
soy, y en serlo venturoso.

REINA. *(Levantándolo.)*

Alzad, mancebo gallardo,
que no está bien a mis plantas
quien debe estar en mis brazos.
Juráis secreto profundo,
impenetrable, de cuanto
mi confianza deposite
en vos...?

LISARDO

¿Y podéis dudarlo?

REINA. *(Recelosa.)*

¿Y con valeroso esfuerzo
y con decidido brazo
me ayudaréis...?

LISARDO

Hablad pronto,
que en impaciencia me abraso.

REINA. *(Satisfecha.)*

Sí. Lo esperé desde el punto
que os vi, glorioso Lisardo.

Y tan ciega confianza
con el amor en que ardo
me inspirasteis, que resuelta
he venido aquí a buscaros,
porque de vos necesito.

LISARDO. *(Resuelto.)*

Soy vuestro humilde vasallo.

REINA. *(Con énfasis.)*

Sois más... Y seréis, lo juro,
mucho más.

LISARDO. *(Enajenado.)*

¡Oh Cielo santo!

REINA. *(Agitada y con reserva.)*

Oye. Bajo esta corona,
bajo este soberbio manto,
la mujer más infelice
soy del orbe. Y de ti aguardo
el fin de mis desventuras,
de mis zozobras descanso.

LISARDO

Hablad... ¿Qué tardáis, señora?

REINA

Ese trono es mío, Lisardo.
Lo heredé de mis abuelos,

y el rey que viste sentado
en él, es rey solamente
porque yo le di mi mano.
Y se la di. ¡desdichada!,
en mis infantiles años
por políticas razones,
sin conocerlo ni amarlo.
Mas paga favor tan grande
detestándome inhumano,
y a mis pueblos oprimiendo,
cual si fuesen sus esclavos.
E incapaz de defenderlos
con valor y de ampararlos,
sin tu denodado esfuerzo,
sin el vigor de tu brazo,
presa mi reino sería,
y víctimas mis vasallos,
de esas huestes furibundas
que huyeron sólo al amago
de tu poderosa lanza
y de tu aliento bizarro.
El pueblo y yo, no te asombre,
ansioso necesitamos
quien nos liberte...

LISARDO. *(Animoso.)*

Comprendo.

REINA

Con esfuerzo...

LISARDO

Estoy al cabo.

REINA

Y que ocupar pueda el trono...
Y de mí pecho y mi mano...

LISARDO. *(Con vehemencia.)*

Basta..., basta...; al punto sea.

REINA

¿Y tendrás valor...? Di.

LISARDO. *(Resuelto.)*

Vamos.

REINA

El Ejército te adora,
todo el pueblo entusiasmado
te proclama. Y yo, tu reina,
en amor por ti me abraso.

LISARDO

Eso basta a darme brío
aun para escalar el alto
firmamento... Al punto, al punto.
¿Dó el rey está? ¿Qué tardamos?

REINA

Aguarda, joven heroico;
pues cuento ya con tu brazo,
voy a preparar el golpe,
a sosegar el palacio,
a adormecer a las guardias,
a alejar los cortesanos,
y tornaré en busca tuya.
Espérame aquí, Lisardo.

(Vase apresurada.)

LISARDO. *(Fuera de sí.)*

¡Cielos!... ¿Conque ya del solio
me dais el camino franco?
En él sabré colocarme.
Y al ver al mundo postrado,
como escabel de mi planta,
sabré, ¡vive Dios!, hollarlo.

(Sale Zora.)

ZORA. *(Cariñosa.)*

Esposo del alma mía,
mi amor, mi felicidad,
¡ay Dios, con cuánta ansiedad
te he seguido todo el día!

LISARDO. *(Sorprendido y aparte.)*

¿Zora aquí?... ¡Oh fatalidad!

ZORA. *(Con gran afán y ternura, arrojándose en brazos de Lisardo.)*

Dame tus brazos, Lisardo.
Ven y descansa en mi pecho,
que gozoso y satisfecho
te encuentra, al fin, tan gallardo.

LISARDO. *(Aparte, abrazándola confuso)*

Todo mi plan se ha deshecho.

ZORA

Entre turbas populares,
que tu nombre proclamaban,
y guerreros que ensalzaban
tus hazañas singulares
y ardientes vivas te daban;
y al fin en estas mansiones
de reyes y cortesanos,
que te dan a llenas manos
lauros, palmas y blasones,
y timbres y honores vanos,
afanosa te seguí,
sin saber cómo pudieras
horas ver tan lisonjeras,
sin que buscándome a mí
conmigo verlas quisieras.

LISARDO. *(Turbado.)*

¡Oh Zora!

ZORA

Y como hoy lo allana
todo tu nombre, alcanzar
con él pude el penetrar
hasta aquí, do logro ufana
todo mi anhelo encontrar.
Sí, te hallé, querido esposo.

(Abrazándolo otra vez.)

Torna al seno palpitante
de tu Zora, que anhelante
sin ti no encuentra reposo.

(Notando la inquietud y desdén de Lisardo.)

Mas ¿qué nubla tu semblante?
¿Qué miras en rededor...?
¿Por qué desdeñas los lazos
de mis cariñosos brazos?...
¿Olvidastes, ¡ay!, mi amor?...
Tengo el alma hecha pedazos.

LISARDO. *(Muy agitado.)*

¡Zora!... ¡Zora!

ZORA

¿Qué, cruel?...

LISARDO. *(Perplejo.)*

En esta estancia sería

abrazarte demasía...
¿No miras allí un dosel?...

ZORA. *(Apasionadísima y abrazándolo.)*

Sólo a ti ve el ansia mía.

LISARDO. *(Separándose con inquietud.)*

¡Zora!... No es éste el momento...
La reina...

ZORA. *(Asustada.)*

¡Lisardo mío! Tú tiemblas...; de sudor frío
bañado tu rostro siento...
¿Qué tienes?

LISARDO. *(Despechado.)*

¡Destino impío!

(Haciendo esfuerzos por disimular su agitación.)

Zora..., ¿por qué abandonaste
nuestro palacio, y así
a la Corte, y hasta aquí
a venir te aventuraste?

ZORA. *(Con vehemencia.)*

Vine buscándote a ti.

LISARDO

Está bien... Mas es forzoso

que regreses al instante.
Es en extremo importante
a mi vida, a mi reposo...

ZORA. *(Abatida.)*

Lisardo, ¿estás delirante?...
¿A tu reposo, a tu vida
importante puede ser
alejarse a esta mujer,
a ti para siempre unida?...

LISARDO. *(Turbadísimo.)*

No me puedes entender.
¡Zora!...

ZORA. *(Desconsolada.)*

Sí, te entiendo, sí.
Has olvidado mi amor,
y sólo estorbo..., ¡oh dolor!,
es ya Zora para ti.

LISARDO. *(Conmovido y aparte.)*

¡Cielos!... ¡Ah!... ¡Qué hermosa es!

(Alto, yendo a abrazarla.)

No, que mi pecho te adora...

(Conteniéndose.)

Mas, ¡ay!..., retírate ahora.
Ya nos veremos después.

(Resuelto.)

Déjame aquí solo, Zora.

ZORA. *(Desconsolada.)*

Sí, Lisardo, ya me alejo;
pero tendrás entendido,
amante desconocido,
que para siempre te dejo.
Tengo el corazón partido.

(Queda a un lado llorando y abatida.)

LISARDO. *(Aparte, enternecido y contemplándola.)*

¡Zora!... Tan pura..., tan bella...,
tan tierna y angelical...
¡Cielos, qué angustia mortal!...

(Suena bajo el tablado la Voz del genio del mal.)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

Lisardo, elige entre ella
y la corona real.

LISARDO. *(Resuelto y aparte.)*

Sacrificarla es preciso,
cueste lo que cueste, sí.

(Alto.)

Zora, al punto sal de aquí,
que es grande tu compromiso,
y en el que me has puesto a mí.
Si me amas, vete..., lo ordeno.

ZORA. *(Confundida.)*

¡Ay de mí, desventurada!

(Suplicante.)

Lisardo...

LISARDO

No escucho nada.

ZORA

¡Qué mortífero veneno
das a mi alma desgarrada!
Sé, Lisardo, venturoso.
Y si es precisa mi muerte
para venturoso verte,
ingrato y feroz esposo,
completa será tu suerte.

LISARDO. *(Enternecido.)*

¡Zora!

(Desconcertado, viendo venir a la Reina.)

Mas la reina aquí
llega apresurada, sí.

(La ase del brazo y la arroja fuera de la escena.)

¡Cielos! ¿Y no te confunde
la tierra, o te traga y hunde...?
Huye, mísera.

ZORA. *(Cayendo detrás del bastidor.)*

¡Ay de mí!

*(Queda Lisardo agitado y descompuesto, procurando esconder el sitio por donde arrojó
a Zora, y sale la Reina. La escena se oscurece.)*

REINA

¡Lisardo!

LISARDO

¡Señora!

REINA

Todo nos es favorable.

LISARDO

Vamos.

REINA

¿Más que turbación te agita?

LISARDO. *(Esforzándose.)*

El ansia de libertaros
de un opresor.

REINA. *(Observándolo.)*

Pero ¿tiembas?

LISARDO

¿Yo...? No.

REINA. *(Asiéndole del brazo.)*

Sí, tiembas. ¿Acaso
el valor te falta?

LISARDO. *(Repuesto.)*

Nunca.
Pronto estoy a demostrarlo.
Mi inquietud es solamente
ansia de llevar a cabo
tu venganza y la del pueblo.

REINA

Pues ni un momento perdamos.
El rey dormido...

LISARDO

¡Dormido!

REINA

Dormido. Y es necesario
que en la eternidad despierte.

LISARDO. *(Retrocediendo, aparte.)*

Ahora tiemblo y me acobardo.
¿Ha de dar muerte a un dormido
con traidor golpe mi brazo?
Cuerpo a cuerpo mejor fuera.

REINA

¿Qué pronuncias...? ¡Insensato!
Nunca empresa tal se fía
al capricho del acaso:
que en asegurar el golpe
están la gloria y el lauro.
Ese trono, esta corona,
mi tierno amor y mi mano,
merecen...

LISARDO

Basta: ¡volemos!

(Se hunde el trono por el escotillón por donde salió, y se descubre, en el espacio que ocupaba, una ancha puerta, y dentro al Rey dormido en un magnífico lecho de púrpura, a la luz de una lámpara. Toda la escena estará oscura, menos la alcoba.)

REINA. *(Dándole un puñal y señalándole al Rey.)*

Allí está todo, Lisardo.

(Lisardo titubea, horrorizado. La Reina le empuja, y él se arroja decidido, enarbolando el puñal, y cae el telón.)

ACTO TERCERO



ESCENA PRIMERA

Salón del trono, y aparecen LISARDO, con manto real y corona, y la REINA. La gruta de Marcolán se verá siempre inmutable.

LISARDO. *(Muy satisfecho.)*

Ya soy rey.

REINA

Sí. Ya tus sienes
ciñe la real diadema,
y la púrpura suprema
como propio ornato tienes.

LISARDO. *(Ufano.)*

Sí; que desde este dosel,
hace un momento, he mirado
a todo un pueblo postrado
jurarme homenaje en él.

REINA

Y homenaje el más sincero,
pues te aclamó soberano
en cuanto te di mi mano;

como al más fuerte guerrero,
de defenderlo capaz
y de asegurar sus glorias,
con hazañas y victorias,
de todo invasor audaz.
¿Has visto cuán fácilmente
a los hombres se fascina,
y a una nación se alucina
desde una altura eminente?
Del rey muerto, como ves,
ni un vago recuerdo hay ya;
tranquilo el imperio está
y prosternado a tus pies.
Nadie, nadie sospechó
que el golpe que allí te ha puesto
fué de tu mano, o muy presto
si hubo sospecha pasó.

LISARDO. *(Confuso.)*

¿De mi mano...? sí, lo fué.

REINA

Deja esos recuerdos vanos.
Rendidos los cortesanos
vendrán a besarla.

LISARDO. *(Asustado.)*

¿Qué...?

¿Mi mano...?

REINA

Tu mano, sí.

LISARDO. *(Mirándose horrorizado la mano.)*

Está de sangre manchada.

¿Lo ves?

REINA. *(Turbada y reconociendo la mano de Lisardo.)*

No, no tiene nada.

LISARDO.

Una mancha tiene aquí.

REINA

¿Deliras?...

LISARDO. *(Como enajenado.)*

No; no deliro.

Que me juren, está bien.

Que la corona mi sien
ciña. Y aun a más aspiro.

Pero esconderé la mano,
porque de sangre una gota
la mancha... Si alguien la nota...

REINA. *(Animándolo.)*

Todo tu recelo es vano.

El misterio más profundo

del rey muerto el fin esconde;
ni cómo acabó ni en donde
lo sabrá jamás el mundo.

LISARDO. *(Receloso.)*

Pero tú y yo lo sabemos.

REINA

Y lo sabremos callar.

LISARDO. *(Repentinamente repuesto.)*

Pues bien, vamos a reinar,
y entrambos a dos callemos.

(Queda un momento contemplando el trono, y de repente sube a él.)

REINA. *(Aparte.)*

Si su delirio abandono,
perdida me considero.

(Le sigue con la vista, observándole de lejos con inquietud.)

LISARDO

Saborear a solas quiero
todo el placer que da el trono.

(Se sienta. Hablando consigo mismo.)

Sólo se sienta aquí un rey.
Aquí soy omnipotente,

aquí el mundo reverente
ve en mi capricho una ley.
¿Quién mi igual se llamará?
Nadie, nadie... Pues asombre
al orbe entero este hombre,
que en tanta eminencia está.

(Pónese en pie.)

Raíces hondas juzgo aquí
haber echado mis pies,
pues ya el bajar de aquí es
duro esfuerzo para mí.
No está más firme la encina
secular en la montaña,
ni el escollo que la saña
del rugiente mar domina.
Mi poder es colosal.
Toda envidia se desarme.
¿Quién puede de aquí arrancarme?

(Suena bajo el tablado la Voz del genio del mal.)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

De un asesino el puñal.

LISARDO. *(Bajando precipitado del trono, con la mayor agitación.)*

¡Cielos!... ¿Qué idea de horror
me confunde de repente?
¡Ay, que mi orgullosa frente
hirió un rayo aterrador!

REINA. *(Asustada, acercándose a Lisardo.)*

Lisardo, señor, esposo.
¿Qué accidente repentino
los profundos pensamientos
y los proyectos altivos,
que os ocupaban a solas
en bien del imperio mío,
trastorna de tal manera
y a vuestra faz roba el brillo?
¿Qué os aqueja?... ¿Qué os asusta?
¿Por qué de repente os miro
tan turbado?

LISARDO. *(Confuso.)*

¿Yo turbado?...

(Aparte y repuesto.)

Disimular es preciso,
que descubrir mis temores
mengua fuera de mi brío.

(Alto.)

Contemplaba, amada esposa,
el gran peso que el Destino
ha colocado en mis hombros
y las fuerzas que en mí mismo
reunir para sustentarlo
debo con tenaz ahínco.
Y hallo, sí, ¡viven los cielos!

que aun es el aliento mío
tan superior a la carga
que sobre mis hombros miro,
que estoy dispuesto a que el orbe
me admire como a un prodigio.
Y estoy dispuesto...

(Queda distraído.)

REINA. *(Asustada.)*

¡Lisardo!

(Aparte.)

Me asustan sus desvaríos,
y que sus locos proyectos
le entibien en mi cariño.
Llamar su atención me importa;
encadenarle es preciso,
si han de tener cumplimiento
mis planes y mis designios.

(Alto y en extremo cariñosa.)

Lisardo, mi amado esposo,
vuelve en ti. Lisardo mío,
¿seré tan desventurada
que de la corona el brillo
y los cuidados inmensos
que el Cielo encargarte quiso
te hagan entregar, ingrato,
mi tierno amor al olvido?

LISARDO. *(Vuelve en sí y le echa los brazos.)*

¡Jamás!... A mi seno llega.
Eres mi amor, mi delirio.

(La abraza y dice aparte.)

No sé que pasa en mi pecho:
ni yo me entiendo a mí mismo.

(Se separa y continúa, aparte.)

Esta mujer tan hermosa
que dominó mis sentidos
un momento..., ahora... la amo.
Pero en el alma un vacío
me deja... ¡Mi Zora, cielos!...
¡Oh, qué soberano hechizo
era para mí! Esta es reina,
y de mí sólo son dignos
de una reina los amores.
La amo, sí... No sé qué digo.
En un mar de confusiones
y de desdichas me abismo.

REINA. *(Que ha estado contemplando a Lisardo con temor e inquietud.)*

Veo, Lisardo, que en tu mente
mil pensamientos distintos
se agolpan, y que te agitan
fantásticos desvaríos.
No es extraño: las diversas
conmociones, que han herido

tu corazón en la altura
do tu estrella y mi cariño
te han colocado, no pueden
tener tu pecho tranquilo.
Sal a caza. El aire libre
respira, Lisardo mío.
Corre esas verdes praderas;
cruza esos parques sombríos
que este palacio circundan,
y tendrá tu mente alivio.

LISARDO

Sí, mientras llega la hora
del regio festín, preciso
es que busque yo en los campos
descanso de mis deliros.

(Se acerca al bastidor.)

¡Hola!

(Sale un Paje.)

PAJE

¡Señor!

LISARDO

Mis caballos
y monteros al proviso
se apresten para la caza,
que ir al campo determino.
Y al gran senescal decidle
que al punto venga a este sitio.

REINA. *(Cuidadosa.)*

¿Con tanta prisa? ¿Qué quieres de Arbolán...? Di.

LISARDO

Que conmigo
venga a caza. Lo amo tanto,
que es mi consuelo.

REINA. *(Aparte.)*

Respiro.

(Sale Arbolán.)

ARBOLÁN. *(Hincando una rodilla.)*

A vuestros altos preceptos,
siempre obediente y sumiso,
llego ansioso a vuestras plantas,
sólo anhelando serviros.

LISARDO. *(Levantándole.)*

Alza, Arbolán valeroso,
y llega a los brazos míos.
Te llamo para que a caza
vengas al campo conmigo.

ARBOLÁN. *(Dudoso y mirando a la Reina.)*

Señor...

LISARDO

Sí, tu compañía
hoy, cual nunca necesito.
Tú eres, de cuantos me cercan,
el hombre que más estimo,
por quien amistad más pura
en mi corazón abrigo.

ARBOLÁN

Tantas honras me confunden;
pero me abren el camino
de poder manifestaros
que esa amistad que, benigno,
me concedisteis, pagada
está por el pecho mío.

LISARDO

Me gozo en reconocerlo.
¡Es el tener un amigo
don tan grato en esta vida
de zozobras y peligros!
Mas vamos juntos al campo.

ARBOLÁN. *(Turbado.)*

No puedo, señor, seguiros.

REINA

Imposible.

ARBOLÁN

En el momento
en que un cambio repentino
de estos reinos en el trono
admirado el mundo ha visto,
para que tengáis descanso,
que yo vigile es preciso.

LISARDO. *(Mortificado.)*

Está bien. No me acompañes.

(Aparte.)

No sé cómo me reprimo,
pues al verme contrariado...
Mas reprimirme es preciso.
¿Conque no lo puedo todo?
¿Conque en el mundo hay motivos
que, aunque fútiles y leves,
obligan a que el rey mismo
su voluntad sacrifique?...
Se confunde el pecho mío.

(Hacen seña, y se van la Reina y Arbolán.)

ESCENA SEGUNDA

Al ir a salir LISARDO se cambia la escena en un bosque intrincado. Decoración corta. El queda vestido ricamente de cazador

LISARDO. *(Arrimándose al bastidor, como hablando con sus cazadores.)*

Disponed de la caza el aparato
por esos bosques y empinados cerros.
Soltad los gerifaltes y los perros.
Dejadme a solas descansar un rato.

(Viene a la mitad de la escena.)

Mientras mis cazadores no reposan,
persiguiendo las fieras y las aves,
quiero dar rienda a pensamientos graves,
que por doquier me siguen y me acosan.
Monarca de un imperio poderoso,
ya me respeta prosternado el mundo,
y me anonado absorto, y me confundo
al ver que en sitio tal no soy dichoso.
No lo soy, no. Pensé que la corona
de la felicidad todos los bienes
en sí encerraba, y al ceñir mis sienes
nuevos afanes sobre mí amontona.

(Se sienta muy agitado.)

Un peso tengo aquí,

(Pone la mano sobre el corazón.)

peso que abruma
mi existencia infeliz. Peso de un crimen,
y de que no me libran y redimen
ni solio, ni poder, ni alteza suma.
También, ¡ah!, me confunde el pensamiento
de que de una mujer debo a la mano
la corona, y el trono soberano,
en que cercado de pavor me siento.

(Pausa.)

¿Por qué no nació rey...? Advenedizo
tal vez con risa de desdén me llaman
allá en su corazón los que me aclaman...
¡Y su aplauso mi orgullo satisfizo!
El mortal, ¡ay de mí!, más desdichado
soy que cobija con su manto el cielo,
corriendo de un anhelo en otro anhelo
a una sima sin fondo despeñado.

(Pausa.)

¿Por qué no nació rey...? Mas si el Destino
me negó el que naciera en regia cuna,
armas me dió, y valor y alta fortuna,
que del poder y el trono son camino.

(Exaltado.)

Al derecho de sangre el de conquista
sustituyan mi espada y la victoria;
y un reino fundaré con alta gloria,
que unido siempre con mi nombre exista.
Sí, aprovechando brazos y riquezas,
de que hoy disponer puede mi albedrío,
ganaré un reino que se llame mío,
y que deba su nombre a mis proezas.

(Suena una estrepitosa carcajada.

Lisardo, sorprendido, se levanta y mira a todos lados.)

¡Cielos!... ¿Quién se esconde aquí,
y de mi plan se burló?
¿Quién tan inmediato a mí
osó colocarse...?

(Mientras Lisardo dice estos versos, entra por escotillón, en medio de la escena, una Bruja estrafalariamente vestida de negro y encarnado, con una vara en la mano, en que estará enroscada una culebra, y cuyo pomo será una calavera.)

BRUJA

Yo.

LISARDO. *(Repara en la Bruja, retrocede horrorizado y luego torna, repuesto.)*

Y quién, mísera mujer,
eres tú...? Dilo, infeliz.

BRUJA. *(Con sarcasmo.)*

Una infelice que a ver
viene a un hombre muy feliz.

LISARDO. *(Airado.)*

¿Sabes, di, que tu rey soy...?
Cuenta con tus labios ten.

BRUJA. *(Con desprecio.)*

¿Y sabes que donde estoy
soy yo tu reina también?

LISARDO. *(Despreciándola.)*

Noto que eres loca tú.
Y si vienes a pedir
limosna...

BRUJA. *(Atajándole.)*

Por Belcebú
que me haces, necio, reír.

(Con acento solemne.)

Soy por sobrehumana ley
en todo a ti superior,
pues te engañas si por rey
no reconoces mayor.
Y para que veas lo soy
en muchos grados a ti,
sabe que enterada estoy
de que tu mano...

LISARDO. *(Trastornado.)*

¿Qué oí?

(Queriendo taparle la boca.)

Calla, mujer infernal.
Calla, calla. ¡Vive Dios!...

BRUJA. *(Indiferente.)*

Callaré, pues es igual,
lo que sabemos los dos.

(Con tono de superioridad.)

Y para la insensatez
con que juzgaste venir
a tus plantas mi altivez
por limosna, confundir;
cuando a darte mi favor
vine, orgulloso mortal,
y a alejar de ti el rigor
de tu destino fatal,
quiero que veas aquí
que tengo, cual tú, dosel
y corte, que como a ti
me rinda homenaje en él.

(Da un golpe en el suelo con la vara, y entra detrás de ella, por escotillón, un trono, cuyo asiento será un caimán, y su respaldo un murciélago colosal con las alas extendidas y echando fuego por los ojos. Se sienta en él la Bruja, y de un lado y otro salen de debajo del tablado monstruos, diablos, esqueletos y sombras que la rodean. Lisardo retrocede, horrorizado, sin volver la espalda. La escena se oscurecerá.)

LISARDO

¡Cielos! ¡Cielos! ¿Me engañan mis sentidos?
¡Oh, qué fascinación!
Mis ojos..., mis oídos...,
son presa de fantástica ilusión.

BRUJA. *(Con tono feroz y descompuesto.)*

Póstrate, mísero.
Trémulo, pálido,
llega a mis pies.
Sol salutífero
mi rostro escuálido
para ti es.

LISARDO. *(Repuesto y animoso.)*

Si tú del hondo aterrador infierno
osas la frente alzar,
sírvote de gobierno
que nunca, nunca yo supe temblar.
Que en la grandeza en que me puso el hado
y mi ardiente ambición,
miro el orbe postrado,
y nada turbará mi corazón.

BRUJA. *(Indignada.)*

¿Y no ves sangre en tu mano,
y un atroz
crimen, que de noche y día
es tu verdugo y tirano

más feroz?
¿Ignoras que la voz mía
publicar
puede, mísero gusano...?

LISARDO. *(Postrándose, horrorizado.)*

Basta..., basta. ¡Estrella impía!

BRUJA

Ya temblar,
y ante mis plantas, te veo.

LISARDO. *(Confundido.)*

Calla..., sí.
O por piedad, dame muerte.

BRUJA

Siempre debe estar el reo
prosternado de esa suerte,
temblando así.
Tu grandeza, tu ambición,
nada son.
Niebla leve, humo fugaz,
en que audaz
quieres asiento
formar de torres, que se lleva el viento.
Oscuro es tu porvenir,
y decir
mucho de él pudiera yo.
Pero no...

No diré nada;
corre ciego tu suerte desastrada.

(Pausa.)

Lástima, al cabo, me das.
Toma este anillo
pobre, sin brillo,
y con él invisible serás.

(Tira un anillo a Lisardo.)

Y de un apuro,
terrible y duro,
por su mágico influjo saldrás.
Vuela a tu corte
(pueda te importe):
ese anillo te lleva veloz.
Y tus monteros
y caballeros
una sombra formada a mi voz
igual a ti verán
y detrás de ella a tu palacio irán.

*(Desaparece rápidamente por escotillón la Bruja con su trono y todo su
acompañamiento, y vuelve a iluminarse la escena.)*

LISARDO. *(Se pone en pie, estupefacto, y mira en rededor de sí con ojos asombrados.)*

Todo desapareció.
Fué un engaño de mi mente,
una ilusión solamente
que mi vista aluciné.
A alzarse torne mi frente.

(Profundamente conmovido.)

¿Fué de mi crimen la sombra
que me persigue tenaz?
¿Es ella sola capaz...?
Sí, que me sigue y me asombra
vigilante y pertinaz.
Pero no, no...; respiremos.
Vanos delirios, huid;
no más tras de mí venid;
no más en locos extremos
mi mente ofuscada hundid.
Todo, sí, delirio fué.

(Asombrado, viendo en el suelo el anillo de la Bruja.)

Pero ¿qué miro en el suelo?

(Lo recoge.)

El anillo... ¡Santo Cielo!
¿La sortija misma que
tiró esa visión?... Me hielo.

(Asombrado.)

¿Conque ha sido realidad
todo lo que absorto vi?...
Lo ha sido, no hay duda, sí.
Lo ha sido, pues es verdad
la prenda que tengo aquí.

(Confuso.)

¿Es el hombre, ¡santo Cielo!,
juguete de otro poder,
que no alcanza a comprender?
¡Qué horror da, qué desconsuelo
pensar que así pueda ser!

*(Pausa y queda en profunda meditación, de la que le saca un ligero rumor,
volviendo el rostro adonde se oye.)*

Mas dos de mis cazadores
vienen, sin duda, a buscarme.
Ahora podré cerciorarme,
sin disfrazar mis temores,
ni esconderme, ni ocultarme,
si es efectivo que puedo
invisible a todo ser,
solamente con poner
esta sortija en mi dedo,
cual dijo aquella mujer.

*(Pónese el anillo. Entran dos Cazadores,
que registrarán toda a escena sin ver a Lisardo.)*

CAZADOR 1.º

Te digo que aquí no está.

CAZADOR 2.º

Aquí quedó descansando
ha corto rato, mandando
retirarse a todos.

CAZADOR 1.º

Va
ya hacia el soto galopando.

CAZADOR 2.º

Te has equivocado. Yo
que aquí está te digo.

CAZADOR 1.º

Pues
que aquí no está ya lo ves.

CAZADOR 2.º

Es cierto que no está, no.
Cosa que me aturde es.

CAZADOR 1.º

No dudes, no, que el rey era
el que iba al soto. Marchemos,
no sea que en falta quedemos.

CAZADOR 2.º

Al través de esta ladera
pronto al puesto llegaremos.

(Vanse los Cazadores.)

LISARDO. *(Maravillado.)*

¡Cielos!... ¡Cielos!... Invisible me
hace este anillo... ¡Oh portento!
Confunde a mi entendimiento
encanto tan increíble.
Pero ¿qué duda mi aliento?...

(Animoso.)

Si es verdad este prodigio,
¿qué retardo el penetrar,
por medio tan singular,
cuanto mi fama y prestigio
pueden del mundo alcanzar?
Sí. Pues hay tan superior
ente que me cuida y guía,
cesen mi afán y agonía,
tiemble el orbe mi valor
y bese la planta mía.

(Vase.)

ESCENA TERCERA

La escena representa la gran plaza en que fué el triunfo de la primera escena del acto segundo, y aparece llena de pueblo, que se reparte en diferentes grupos, como hablando entre sí, y sale LISARDO.

LISARDO. *(A un lado, con la sortija en el dedo.)*

De la sortija el encanto,
pues invisible me oculta,
indagar me proporcione
entre esta mezclada turba
lo que de mí piensa el mundo,
lo que la fama me adula.
A aquel corro de villanos,
que allí se apiña y agrupa,
quiero acercarme, seguro
de que hablan de mí.

(Se acerca a un corro de Villanos.)

No hay duda.

VILLANO 1.º

Al nuevo rey aún no he visto.

VILLANO 2.º

No has perdido mucho. Nunca
vi una cara de vinagre
tan agria como la suya.

VILLANO 3.º

¿Y desde dónde ha venido
hasta ser nuestro rey una
persona desconocida?...

LISARDO. *(Aparte.)*

¡Oh, qué terrible pregunta!

VILLANO 1.º

Qué sé yo... Diz que ha ganado
con valor victorias muchas,
y parece...

VILLANO 3.º

¿Acaso él solo
las ganó, o fué con la ayuda
de nuestros hijos y hermanos?
¡Maldita sea la fortuna!

VILLANO 2.º

Siempre el que manda se lleva
el premio de las angustias
y valor de los soldados.

VILLANO 1.º

Y a los pobres nos despluma.

VILLANO 3.º

Dicen que éste a desplumarnos
va, para nuevas trifulcas
y guerras, que mucha sangre,
y sin ventaja ninguna,
nos costarán.

VILLANO 1.º

El rey muerto
al menos en paz profunda
nos mantuvo.

VILLANO 2.º

Lo que es éste
ya verás cómo nos chupa,
que es un demonio.

VILLANO 1.º

¿De veras?
Pues si tal hace...

VILLANO 3.º

¿Lo dudas?...

VILLANO 1.º

... pues si tal hace..., veremos
cuánto el hacerlo le dura.

LISARDO. *(Se separa confundido del corro de Villanos.)*

¡Cielos! ¿Tal disgusto reina
entre la plebe?... ¿Es, en suma,
éste el entusiasmo ardiente
en que mi poder se funda?
Mas allí varios soldados
hablando entre sí se juntan.
Ellos, ellos son mi apoyo;
con ellos nada me asusta.
Acercaréme a escucharlos.

(Se acerca a un corro de Soldados.)

SOLDADO 1.º

Amigos, grandes y muchas
son las mercedes y gracias
con que el nuevo rey procura
premiarnos.

SOLDADO 2.º

No lo agradezco,
que es por conveniencia suya
mostrarse tan generoso.
Pues, al cabo, su fortuna
sólo en nosotros se apoya,

y nosotros a la altura
lo levantamos del trono.

SOLDADO 1.º

Muy dignamente lo ocupa.

SOLDADO 2.º

Otros también dignamente
pudieran, sin duda alguna,
y mejor que él, ocuparlo.
Que aunque es su arrogancia mucha,
o no falta quien en denuedo,
y arrojo le sobrepuja.

SOLDADO 1.º

En las últimas batallas
fué un portento de bravura.

SOLDADO 2.º

Y qué, ¿Arbolán nada hizo?
LISARDO. (Aparte.)
¡Arbolán!... ¡Cielos!... ¡Disfruta
fama tanta!

SOLDADO 2.º

Por mi vida
que lanza como la suya
no enristra nadie en el mundo.

SOLDADO 1.º

En eso, ¿quién pone duda?

SOLDADO 2.º

Y el orgulloso Lisardo...,
al fin..., es...

SOLDADO 1.º

¿Qué...?

SOLDADO 2.º

¿Lo preguntas?...
Lo diré...: un advenedizo.

LISARDO. *(Aparte, furioso.)*

¿Esto mi cólera escucha?
Estoy de furor ahogado...
Canalla soez, inmunda.

(Queriendo arrojarlos a ellos.)

Ahora mismo entre mis brazos...

(Sintiéndose detenido por una fuerza superior.)

Mas ¿quién detiene mi furia?...
Este misterioso anillo,
que todo mi esfuerzo anula,
pues siento, como ligadas
mis manos por fuerza oculta.

(Pausa.)

Allí varios caballeros
reunidos están. Sin duda
hablarán como leales,
y como cumple a su alcurnia.

(Se acerca a un corro de Caballeros.)

CABALLERO 1.º

Malos tiempos nos esperan.
Ni honras ni haciendas seguras
tendremos... Tiempos fatales,
de trastornos y de angustias.

CABALLERO 2.º

Yo no sé cómo la reina
ha dado tan sin cordura
su mano y el trono y cetro
a Lisardo, que es, en suma,
un aventurero.

LISARDO. *(Aparte, desconcertado.)*

¡Oh rabia!
Los que así su envidia apuran
son los mismos que postrados
vi a mis plantas en la jura
tenerse por venturosos
con sólo merecer una
sonrisa mía... ¡Malvados!

CABALLERO 1.º *(Recatándose.)*

Y pues nadie nos escucha,
os diré...

CABALLERO 2.º

¿Qué...?
(Se reúnen todos.)

CABALLERO 1.º

Que sospecho...

LISARDO. *(Aparte, agitado.)*

Sus palabras me atribulan.

CABALLERO 2.º

¿Qué sospechas?

CABALLERO 1.º

Que la suerte
del rey difunto, que ocultan
ese misterioso velo
y esa oscuridad profunda,
fué acaso...

CABALLERO 2.º

¿Qué? ¿De la reina...?

CABALLERO 1.º

Fué acaso, amigos, alguna
traición de ese monstruo inicuo
que el regio dosel usurpa,
que la majestad afrenta
y que a la nación abruma.

LISARDO. *(Se retira confundido.)*

¡Basta..., basta!... Yo me ahogo.
Fuego en mis venas circula.
¿Ya se sospecha...? ¿Y se dice...?
Sí. Lo he escuchado... No hay duda.
Estoy un volcán hollando
pronto a reventar. La chusma
habla de mí sin respeto;
la soldadesca me insulta,
y me observa y me persigue
de la nobleza la astucia.

(Recobrando su energía.)

Mas no importa; empuño el cetro,
arde mi pecho de furia.
Si hay conjuración, en sangre
sabré ahogarla antes que cunda.
En el alcázar entremos
invisible, con la ayuda
de este misterioso anillo,
a ver si allí se conjura.

(Al ir a salir de la escena cambia la decoración.)

ESCENA CUARTA

Galería interior de Palacio. Decoración corta, y salen la REINA y ARBOLÁN, hablando entre sí con recato.

LISARDO

Hacia aquí la reina viene
hablando con Arbolán.
Tiemblo en la duda espantosa
de lo que voy a escuchar.
¡Ay, que de hacerse invisible
la anhelada facultad
es un tormento horroroso,
es un presente infernal!
Mas aprovecharme es fuerza
de ella, que puede importar
a mi vida y a mi nombre.
¡Oh, qué terrible ansiedad!

(Se acerca.)

REINA

Tus dudas y tus recelos,
¡oh generoso Arbolán!,

son infundadas e injustos,
si de mí seguro estás.
Sabes que por ti mi pecho
arde mucho tiempo ha,
desde los primeros años
de mi tierna mocedad,
y que sentarte en el trono
ha sido siempre mi afán.

LISARDO. *(Aparte.)*

¡Oh infame!

ARBOLÁN

Pero a Lisardo
miro en él sentado ya,
y por ti sola lo ocupa.

LISARDO. *(Aparte.)*

¡Cielos!... ¡Qué afrenta!

REINA

Es verdad.

Me fué preciso valerme
de su ambición infernal
como seguro instrumento
con que el primer golpe dar.
Después no me fué posible
freno poner a su audaz
arrojo, y le di mi mano
y el trono para lograr
adormecerle un momento
y ver cumplido mi afán.

LISARDO. *(Aparte, despechado y haciendo vanos esfuerzos.)*

¡Oh furia de los infiernos!
¡Oh portento de maldad!
Yo te ahogaré entre mis brazos,
y ahora mismo... Pero..., ¡ah!,
el encanto de este anillo
no puedo sobrepujar.

ARBOLÁN

Mas a Lisardo del trono,
¿cómo se puede arrancar?
¿No conoces su arrogancia?...
¿No su esfuerzo sin igual?...
¿No su altivez y osadía?...
Error grave fué, en verdad,
dar alas a ese coloso.

LISARDO. *(Aparte.)*

¡Bien me conoce Arbolán!

REINA

Nada temas, que yo sola,
yo, se las he de cortar.

ARBOLÁN

Ved, señora, que su nombre,
aunque minándolo están
nuestros parciales amigos,

aún goza prestigio tal
entre el pueblo y los soldados,
que en mucho tiempo quizá
no lograremos en tierra
con ese coloso dar.

REINA

Pues te aseguro que hoy mismo,
hoy mismo en tierra dará.

ARBOLÁN

¿Hoy mismo?

REINA

Sin duda... ¿Tiemblas?
¿Te falta aliento, Arbolán?

ARBOLÁN

No tiemblo; pero quisiera
con prudencia asegurar
golpe de tanta importancia.

REINA

Hoy segurísimo está.

ARBOLÁN

Advertir que justamente
hoy guardia a palacio da,
con soldados escogidos,

un valiente capitán,
que es el mayor partidario
de Lisardo y el que más
entusiasmo le profesa.

LISARDO. *(Aparte.)*

Noticia que aprovechar
sabré yo. Nada me asusta,
si tengo seguridad
de que la guardia me siga.
¡Pérfidos! No os temo ya.

ARBOLÁN

Desistid por hoy, señora,
de vuestro intento, y dejad
que el tiempo nos proporcione
de ese dragón infernal
triunfo completo y seguro.

REINA

Calla, que insensato estás.

(Con sigilo.)

Oye.

LISARDO. *(Aparte, acercándose más.)*

Oigamos.

REINA

Al momento,
y ya no puede tardar

en que regrese Lisardo
de la caza, empezará
el regio festín, dispuesto
en la cámara real,
donde es segura su muerte.

ARBOLÁN

¿Cómo...? No acierto... ¿Quizá...?

REINA. *(Con sigilo.)*

Oye... Escúchame... La copa,
la copa en que ha de brindar
a la gloria de mi reino,
por mí envenenada está.

LISARDO. *(Aparte, consternado.)*

¡Cielos! ¡Qué horror! ¿Es posible?
¡Oh monstruo de iniquidad!
Mas, ¡ay!, usan de un veneno,
como yo usé de un puñal.

ARBOLÁN

El medio es seguro.

REINA

Nadie
puede este golpe evitar.

LISARDO. *(Aparte y furioso.)*

Voy a arrojar este anillo
y a sorprender su maldad.

(Conteniéndose.)

Mas no, nada lograría,
que soy también criminal,
y sólo un rostro sin mancha
logra al crimen aterrar.

ARBOLÁN

¿Conque hoy mismo...?

REINA

Sí, y su muerte
de estos Estados la paz,
y el amor que te consagro,
para siempre afirmará.

(Se oye rumor.)

Pero él llega; a recibirle
vamos con risueña faz.

(Vanse.)

LISARDO. *(Paseándose muy agitado.)*

¿En dónde estoy? Estalla mi cabeza;
va a reventar mi destrozado pecho.
Me engañaron, sin duda, mis oídos.
Una ilusión fué todo del infierno.
Mi esposa..., aquella reina esclarecida,
que como un sol en la mitad del cielo
vieron mis ojos en el trono augusta,

y que con suave y seductor acento,
de lágrimas regado el rostro hermoso,
sus penas me contó, y amor tan ciego
en mí supo encender, ¡es..., ¡ay!, la misma
a quien acabo de escuchar? Yo tiemblo.
Mas... ¡mísero de mí, que en hondo olvido
el crimen do me hundió su encanto dejó!
Y ¿por qué he de ser yo más venturoso
que su primer marido? Me estremezco.

(Pausa.)

¿Y Arbolán? ¡Arbolán! El hombre solo
por quien dulce amistad sintió mi pecho,
en quien deposité mi confianza,
el que colmé de elogios y de premios,
de honores, de riquezas... Aquel mismo
que ha corto rato, ante mis plantas puesto
en actitud humilde, reverente,
gratitud me juraba... ¡Dios eterno!
¿Así se finge?... ¿Así se disimula?
¿Se miente así? ¿Qué es un humilde acento?
¿Qué es un afable rostro, si la muestra
no son de lo que pasa allá en el pecho?
¡Qué horror, qué horror! ¡Oh detestable mundo!
Yo te maldigo, sí; yo te detesto.

(Pausa.)

Mas ¿qué pronuncio sin temblar? ¡Ay triste!
¿Lo que yo mismo soy olvidar puedo?

(Fuera de sí.)

Un asesino soy..., ¡un asesino!
¿Es de los hombres el Destino horrendo
el de ser criminales?... ¡Infelices!...
¡Mísera condición en que nacemos!

(Pausa. Resuelto.)

Pues a ser criminal. Si en la carrera
tan adelante estoy, el Universo
admire en mí un coloso. Poderío
para aterrar a mis contrarios tengo.
Y si es lucha de crímenes la vida,
vivamos, sí; vivamos y luchemos.

(Paseándose.)

Caiga mi furia como ardiente rayo
sobre estos miserables, y deshechos
en ceniza a mis pies, sirvan al punto
a los conspiradores de escarmiento.
Sí. Decidido estoy. Guardo el anillo.

(Se lo quita y lo guarda en la escarcela.)

Que tal cual soy manifestarme quiero,
pues que ya todos piensan que a palacio
del campo regresé con mis monteros.
Aquí un paje se acerca; la noticia
de que es la guardia fiel aprovechemos.
¡Hola!

(Sale el Paje.)

PAJE

Señor...

LISARDO

El capitán que manda
la guardia de palacio en el momento
venga a mis pies.

PAJE

Seréis obedecido.

(Vase.)

LISARDO

Temblarán, yo lo juro, los perversos.
La sangre se helará de los traidores.
De una inicua mujer a los derechos
no deberé el reinar, sino tan sólo
a mi fortuna y a mi heroico esfuerzo.
Sí. El alto trono que fundar quería
aquí lo he de fundar. Y estoy dispuesto
a fundarlo tan firme, que con sangre
sabré amasar sus sólidos cimientos.

(Entra el Capitán de la guardia, que hinca una rodilla, y Lisardo lo levanta.)

Alza y ven a mis brazos, que te esperan,
de valor y lealtad noble modelo.
Sé quién eres; te he visto en las batallas
dando señales de tu heroico esfuerzo,

y yo no olvido nunca a los soldados
que en el campo lidiar con gloria veo.

CAPITÁN

A vuestro lado, ¡oh rey el más cumplido
que en el mundo jamás empuñó el cetro!,
¿quién pudiera en los campos de batalla
no seguir fiel vuestro glorioso ejemplo?
La llama del valor que en vos esplende
se comunica a los vasallos vuestros,
y no hay quien tras de vos no corra ansioso
a buscar gloria en los mayores riesgos.
¿Qué me mandáis, señor?

LISARDO

Saber quería
si a todo trance os encontráis dispuesto
a obedecer mi voz.

CAPITÁN

¿Podéis dudarlo,
si os juré por mi rey?... Poned, os ruego,
a prueba mi lealtad y mi obediencia,
y quedaréis de entrambas satisfecho.

LISARDO

Acaso hoy mismo las pondré, y no dudo
que mi apoyo serán, noble guerrero.
¿Sabes, di, que hay traidores?

CAPITÁN

No lo ignoro;
mas yo sus tramas pérfidas no temo.

LISARDO

Son muchos.

CAPITÁN

Pero más son los leales.

LISARDO

De temible poder, de nombre excelso.

CAPITÁN

Su nombre nada importa; al declararse
traidores lo mancharon y perdieron.
Y corto es el poder de los que apelan
a oscuras tramas y a cobardes medios.

LISARDO

Aterrarlos es fuerza ante su vista
presentando al instante un escarmiento.

CAPITÁN

Caiga el sol mismo desde su alto trono,
si osa el sol enojaros y ofenderos.

LISARDO

Basta, que en tu lealtad y bizarría
el más firme sostén gozoso encuentro.
¿Y los soldados de la guardia?

CAPITÁN

Todos
están por vos a perecer dispuestos.

LISARDO

Que el salón del festín contigo ocupen;
tú te colocarás tras de mi asiento,
y a la menor señal prendes y matas
a los que yo indicare.

CAPITÁN

Entiendo, entiendo.

LISARDO

Ahora pide mercedes.

CAPITÁN

Nada pido
por cumplir fiel la obligación que tengo.

LISARDO

Pues de mi cuenta corre en este día
a tus servicios dar cumplido premio.

De cuanto hemos hablado en este sitio
guarda, que es importante, hondo secreto.

(El Capitán hace una reverencia y se va.)

¿Si serán verdaderas sus ofertas,
y esa noble lealtad, y ese denuedo?
¿Si será algún traidor que finge y miente
de honradez y valor con el aspecto?
¡Ah! Los hombres que mandan a los hombres
debieran penetrar los pensamientos.
Juzgo que este soldado habló de veras,
de buena fe... ¿Quién sabe?... Bien, probemos
dónde alcanza el favor de la fortuna
y mi tenacidad... Ni ya otro medio
se me ofrece... Sí... Un golpe decisivo.
El peligro se acerca; urge el momento.
¡Ay, que esto no es vivir! ¡Oh, cuán horrible
es aquesta ansiedad en que me veo!

(Pausa.)

Mas ya resuena en el salón cercano,
donde el regio festín está dispuesto,
el rumor de la turba cortesana.
Vamos, pues, al festín, y procuremos
que oculte cuidadoso mi semblante
la espantosa tormenta de mi pecho.

(Vase.)

ESCENA QUINTA

Aparece un salón fantástico, magnífico, perfectamente iluminado, rodeado de aparadores, donde lucirán riquísimas vajillas, y en medio una gran mesa cubierta de oro, plata, cristal y flores, con seis cubiertos dos a la testera, delante de regios sillones; dos a la derecha y otros dos a la izquierda, con taburetes sin respaldo. Salen pajes, ricamente vestidos, con platos, copas y viandas. Y cortesanos de gala, que se van colocando a un lado y otro de la escena. En seguida sale LISARDO por un lado con manto y corona, seguido del CAPITÁN de la guardia, que se coloca al frente en el fondo. Y por otro lado sale la REINA, también con manto y corona, seguida de damas lujosamente ataviadas. Al entrar los reyes en el salón, todos, menos los guardias y damas, hincan una rodilla, y gritan

TODOS

¡Viva el rey!

LISARDO. *(Aparte.)*

¡Ah! Ya conozco
lo que son vuestros aplausos.
Miedo son... Mas si son miedo,
me suenan bien.

(Alto.)

Levantaos.

TODOS. *(Levantándose.)*

¡Viva el rey!

LISARDO. *(Con afectación.)*

Esos acentos
de lealtad y de entusiasmo
son el colmo de mis dichas,
nobles y fieles vasallos.

(Aparte.)

¿Cuántos habrá que traidores,
estén mi exterminio ansiando?

(Alto, a la Reina, con énfasis.)

Llegad, señora. ¡Cuán bella!
Sois el sol en que me abraso.

REINA

En serlo siempre a tus ojos
se cifrarán mis conatos.

LISARDO. *(Aparte.)*

¡Oh aleve!... Una hiena miro
al través del regio manto.

(Alto, y después de examinar el concurso.)

¿Y el senescal?... No lo veo.

REINA. *(Solícita.)*

La importancia de los cargos
que desempeña retarda
su venida...

LISARDO. *(Aparte.)*

Sobresalto
me da su tardanza... ¡Cielos!
Mas fuerza es disimularlo.

(Alto.)

No importa, que siempre a tiempo
a mi mesa y a mis brazos
llega guerrero tan noble y
personaje tan alto.

(Se sientan Lisardo y la Reina, y detrás de sus sillones se colocan el Capitán de la guardia y una Dama, y ocupan los otros cuatro asientos de la mesa cuatro personajes ancianos de los que están entre los Cortesanos. Los Pajes y las Damas sirven la mesa, y toca una dulce orquesta tan suave, que deje oír lo que se representa.)

REINA. *(Inquieta y aparte.)*

Ni un leve rumor escucho
que me anuncie lo que aguardo,
y temo llegue el instante
si Arbolán no está a mi lado.

LISARDO. *(Aparte.)*

Apresurar quiero el golpe,
aunque siento mucho darlo
sin que Arbolán el primero
de su traición lleve el pago.
Pues está echada la suerte,
de tanta angustia salgamos.

(Alto.)

¡De beber!

(Llega un Paje con una salvilla de oro, y en ella, una rica copa.)

REINA. *(Tomando la salvilla de las manos del Paje.)*

Venga esa copa,
que yo quiero de mi mano
servirla a mi rey y esposo.

LISARDO. *(Con calma.)*

De vos la estaba esperando.
Y para fineza tanta
con toda el alma pagaros
quiero que bebáis primero,
y que antes que yo brindando,
el licor de aquesa copa
torne en néctar vuestro labio.

REINA. *(Turbada.)*

¿Yo..., señor...?

LISARDO. *(Poniéndose en pie y con entereza.)*

Y ¿qué os asusta?
Bebed, pues, que yo lo mando.

(Agitación general. La Reina titubea, y se oye un lejano rumor.)

REINA. *(Aparte.)*

¡Cielos!... Respiro.

LISARDO. *(Sobresaltado.)*

¿Qué suena?

CAPITÁN

Son del pueblo los aplausos.

LISARDO. *(Airado.)*

¿Qué tardáis?... Bebed, señora.

REINA. *(Horrorizada, tirando la copa.)*

No... Jamás, jamás, Lisardo.

LISARDO. *(Furioso.)*

Guardias, prended a la reina.
Ese vino emponzoñado
está. Prendedla...

REINA. *(Saliendo al centro de la escena.)*

Y ¿quién puede
atentar...?

CAPITÁN. *(Corriendo hacia ella.)*

Yo y mis soldados.

(Movimiento general de terror y de indignación. Unos muestran asombro, otros meten mano a las espadas.)

REINA

¡Traidores!... Yo soy la reina.
Ved qué hacéis.

(Sale Arbolán con la espada en la mano, seguido de un tropel de pueblo y de soldados.)

VOCES

¡Muera Lisardo!

LISARDO. *(En medio de la confusión.)*

¡Guardias!... ¡Traidores!... Seguidme.

ARBOLÁN. *(Al Capitán y Soldados.)*

¿A un regicida, a un tirano
defendéis?... Mirad en sangre
del rey teñidas sus manos.
El lo asesinó, os lo juro.
Valientes, abandonadlo.

CAPITÁN. *(Asombrado.)*

¿De veras? ¡Qué horror! No demos
a tal monstruo nuestro amparo.

(Abandona la guardia a Lisardo.)

LISARDO

¡Ah cobardes!...

VOCES

¡Muera, muera!

ARBOLÁN. *(Conteniendo a la turba.)*

Muera, pero en un cadalso.

LISARDO. *(Despechado.)*

¡Oh furor!... ¡Qué adversa suerte!
Con el anillo me salvo.

(Se pone rápidamente la sortija de la bruja, y se hunde por escotillón. Cae el telón.)



ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

La escena representa el mismo rústico jardín de la segunda escena del primer acto, pero sin el lecho de Lisardo ni el asiento. La gruta de Marcolán, y él dentro de ella, está siempre inmutable. Sale LISARDO por escotillón, con traje humilde y sin la sortija.

LISARDO. *(Asombrado.)*

¿Adónde, adónde, ¡cielos!, me ha traído
el anillo encantado?
¿Cómo hasta aquí tan rápido he venido?
¿Qué lóbrega región he atravesado?
Pasmado estoy.

(Notando que le falta la sortija.)

Mas, ¡ay!, la misteriosa
sortija, ¿qué se ha hecho?...
¿Cómo he perdido prenda tan preciosa?
Entre mis manos mismas se ha deshecho.

(Reconociéndose la mano.)

Sí... Desapareció. Y en lugar de ella,
en torno de mi dedo
de sangre helada me quedó una huella.
De asombro respirar apenas puedo.

(Reconociendo el sitio en que está.)

Mas ¿dónde estoy? No hay duda: la floresta
donde tan venturoso
me vi en los brazos de mi Zora es ésta,
donde empecé a vivir y a ser dichoso.

(Complacido.)

Aquí descansaré. Y aquí del mundo
de crímenes, tornando
al de placer y amor, él furibundo
rigor de mi destino iré amansando.

(Pausa, y recorre la escena como para cerciorarse de que es el mismo sitio que dice.)

Mas, ¡ay!..., no tan risueña me parece
como la vez primera
esta mansión.
Ni, plácida, me ofrece
aquel encanto que a mi pecho diera.
¿Acaso nunca el hombre la ventura
recupera perdida,
y vano es su afanar cuando procura
felice ser dos veces en la vida?...
No. Sin duda esta selva me parece
lóbrega, porque en ella,
como resplandeció, no resplandece
la pura luz de mi divina estrella.

Yo buscaré perdido y anhelante
a mi adorada Zora,
y tornarán su aliento y su semblante
a hacerme esta mansión encantadora.

(Va a salir resuelto, y vuelve afligido y turbado.)

Pero ¡triste de mí! ¡Zora! Yo, ingrato,
la rechacé orgulloso,
con duro acento, con altivo trato,
desoyendo su ruego doloroso.
Y ¿cuándo? Cuando hermosa y apacible,
ángel de paz, venía
de un crimen espantoso, atroz, horrible,
a libertar, ¡ay Dios!, el alma mía.

(Profundamente conmovido.)

¡Zora! ¡Zora! Vengada estás; mi pecho
es raudal de amargura,
y por las garras del dolor deshecho
implora tu perdón y tu ternura.
¿Y obtendré tu perdón? Dulce esperanza
de obtenerlo me alienta,
pues no cabe el rencor ni la venganza
en el tierno candor que en ti se ostenta.
¡Ah!... Perdóname, sí; dame consuelo.
Que tú sola en el mundo
puedes sacarme, por favor del Cielo,
de este agitado piélago profundo.

(Sale y cruza lentamente la escena un rústico y humilde entierro, compuesto de cuatro Doncellas vestidas de blanco con guirnaldas de ciprés. Cuatro Villanos con sayos negros, que en unas angarillas llevan a Zora muerta y vestida cual se presentó en la segunda escena del primer acto, y detrás, dos hombres enlutados y un viejo Enterrador, también de luto, y con un azadón al hombro.)

LISARDO. *(Sorprendido.)*

¡Oh cielos!... ¿Qué viene allí?...
Un rústico funeral.
Me hiela un sudor mortal.
No sé lo que pasa en mí.
Preguntaré.

(Se acerca al Enterrador.)

Buen anciano,
¿quién es esa desdichada?

ENTERRADOR

Es Zora, que abandonada
por un marido inhumano,
y ardiendo siempre en amor,
tras de penosa agonía,
murió al despuntar el día,
víctima de su dolor.

LISARDO. *(Convulso.)*

¿Zora...?

ENTERRADOR

Sí, Zora.

LISARDO. *(Fuera de sí, deteniendo el entierro.)*

¡Ah!... Dejad
que sobre el cadáver yerto
este infeliz quede muerto,
y una tumba a entrambos dad.

ENTERRADOR

Retroceded, imprudente.
Alejaos. ¿Qué pretendéis?
No el reposo profanéis
de una mísera inocente.

LISARDO. *(Furioso.)*

Este cadáver es mío,
miserables.

ENTERRADOR

Insensato.
¿Qué frenético arrebató,
qué furioso desvarío te obliga...?

LISARDO. *(Acometiendo al féretro.)*

Sí, Zora es mía.
Dádmela, que es mía, sí,
o todos seréis aquí
despojo de mi osadía.

(Los dos enlutados que defendían el féretro se asustan y retroceden.)

ENTERRADOR. *(Asustado.)*

De su furia me acobardo.

LISARDO. *(Furioso en todo extremo.)*

Dadme, dadme luego a Zora,
o la rabia abrasadora
temed del feroz Lisardo.

(Al oír este nombre, los cuatro que llevan las angarillas las dejan en el suelo, sobrecogidos de terror, y ellos y las Doncellas se ponen en fuga.)

ENTERRADOR. *(Sobrecogido de espanto.)*

Lisardo es el que miramos.
Sí, Lisardo el asesino.
¿Por dónde a esta tierra vino?
¡Qué horror!... ¡Oh cielos! Huyamos.

(Vase con los dos enlutados. Corre Lisardo frenético. Levanta el velo negro que cubre el cadáver de Zora, lo saca del féretro y lo lleva en brazos a un lado del proscenio, haciendo extremos de demente.)

LISARDO. *(Agitadísimo.)*

Zora del alma mía,
Zora, mi bien, despierta...
Zora..., mi Zora... ¡Ah! ¡Muerta!
¡Helada!... Apenas puedo respirar.

Y yo, yo, ¡estrella impía!,
yo te he dado la muerte.
¿Y en mis brazos tenerte
oso y tu faz marchita contemplar?

(Reconociéndola y tocándola como dudando de su muerte.)

¿Engañoso desmayo
acaso no pudiera,
cual nube pasajera...?

(Cerciorado.)

No. Es un cadáver. ¡Mísero de mí!

(Alejándose del cadáver.)

¡Cielos!, lanzad un rayo
que mi frente confunda,
que me anonade y hunda,
y que a su lado me sepulte aquí.

(Acercándose e inclinándose sobre el cadáver.)

Si pudiera mi aliento,
si mi sangre, mi vida,
si la llama encendida
en mi pecho, do el crimen se asentó,
pasarse en un momento
a esta ceniza fría...,
¡oh, cuánto ganaría
el mundo y cuánto ganaría yo!...

(De rodillas.)

Con el mundo piadoso
sed, ¡oh Dios!, revivida
a costa de mi vida,
volvedle esta mujer angelical,
este astro luminoso.
Y de mi libertadle,
el espanto quitadle
de este monstruo sangriento y criminal.

(Delirante, abrazando el cadáver de Zora.)

Mi ángel, despierta;
álzate, mira,
vive, respira,
oye mi voz.

(Despechado.)

¡Ay!... ¡Está muerta!
Y yo la muerte,
¡horrenda suerte!,
le di feroz.
Yo me ahogo, mísero;
no puedo más.
Mujer angélica,
vengada estás.
Ardiente tósigo
me abrasa, sí.
¡Oh tierra, trágame,
trágame aquí!

(Queda inclinado sobre el cadáver, abrumado de dolor.)

LISEO. *(Dentro.)*

Lisardo..., Lisardo.

LISARDO. *(Aterrado.)*

¿Quién...?

La voz de la Eternidad
me ha llamado... ¡Oh Dios, piedad!
Piedad de un mísero ten.

(Sale Liseo, y al verlo queda Lisardo confundido.)

LISEO. *(En tono amenazador.)*

Lisardo, si no contento
con haber dado la muerte
a esta infelice, faltando
al juramento solemne
que aquí, en mis manos, hiciste,
ceberte furioso quieres
en su mísero cadáver,
y en tu crimen complacerte,
la justicia de los cielos
y la de los hombres teme.
La justicia que reclama
el desconsuelo, que adviertes
con horror en mis mejillas
y en las sombras de mi frente.
Que el desconsuelo de un padre
como yo, afligido, siempre
en el tribunal eterno
piadosa acogida tiene.

LISARDO. *(Turbado, acercándose a Liseo.)*

¡Señor...! ¿Sois vos?

LISEO. *(Severo.)*

Sí, Lisardo.

Soy Liseo. Tiembla al verme.

Soy el que te dió su hija
para que feliz la hicieses.

Mira cuál la devolviste
a su paternal albergue.

LISARDO. *(Confuso.)*

Señor..., sois el primer hombre
que... turbado..., reverente...,
temblando escucho.

LISEO

Lisardo,

no soy yo quien tanto puede.

Es el espectro espantoso
que delante miras siempre,
y son los remordimientos
de los crímenes que hierven
en tu corazón.

LISARDO. *(Desconsolado y suplicante.)*

¡Oh padre!

LISEO. *(Retrocediendo.)*

Quita, monstruo... ¿Qué pretendes?

LISARDO

Yo... Mi Zora...

LISEO

¿Zora tuya...?

Zora es sólo de la muerte;

Zora de la tierra es sólo,

y yo sólo soy quien debe

darle el último descanso.

Aléjate. Aquí no eres

más que una espantosa hiena,

un buitre voraz, que viene

a destrozar un cadáver.

Déjalo en paz. Huye, vete.

(Va cerca del cadáver y se pone en actitud de defenderlo.)

LISARDO. *(Conmovido.)*

No..., no. Mi esposa fué Zora,

y si no logro la muerte,

que es lo que anhelo, a su lado,

para que a ambos nos encierre

un mismo sepulcro, quiero

dárselo como merece.

(Recobrando su altanería.)

Mi magnífico palacio,

que domina estos vergeles,

recíbala en sus salones,

y en ellos mi esposa encuentre
el soberbio mausoleo
que a sus cenizas conviene.
Todas mis riquezas, todas,
en su sepulcro se ostente;
y de que fué esposa mía
en el mundo se conserve
el recuerdo en oro y mármol
consignado para siempre.

LISEO

¡Insensato!... ¿Tus riquezas...?
¿Tu palacio...? Estás demente.
¿Ignoras que de bandidos
una codiciosa hueste
ha robado tus tesoros,
y que ha incendiado, inclemente,
tu magnífico palacio?
Corre a verlo. Nada tienes.
Tus riquezas y tu alcázar
son vil ceniza, humo leve.

(Lisardo, sobrecogido, vuelve el rostro al fondo de la escena, y, abriéndose y apartándose de repente los árboles, dejan ver a lo lejos el palacio ardiendo, y queda todo iluminado con el rojo resplandor del incendio.)

LISARDO. *(Corriendo hacia el fondo.)*

¿Qué es lo que miro?... ¡Infelice!
Ah!... Mis fuerzas desfallecen.

(Cae al suelo privado de sentido. Liseo hace una seña, y salen los cuatro Villanos con sayos negros colocan apresuradamente el cadáver de Zora en las angarillas y con ellas se van todos, dejando solo y tendido en tierra a Lisardo. Se vuelven a unir los árboles del fondo, ocultando el incendio, y queda la escena en la mayor oscuridad.)

LISARDO. *(Volviendo en sí.)*

¡Infeliz, infeliz! ¡Ay! Y ¿aún respiro?
¿Para qué torno a la angustiosa vida?
¿En dónde un rayo de consuelo miro?
¡Ah! Toda mi esperanza está perdida.

(Se levanta del suelo.)

Sí, toda mi esperanza
se la ha llevado el viento.

(Recobrando gradualmente su energía.)

Y ¿quedará Lisardo sin venganza,
tendido en este potro de tormento?
Yo, yo, dominador de la ancha Tierra;
yo, rayo de la guerra,
¿he de morir en este valle oscuro
como el más vil mortal, como un gusano
y reirá el orbe ufano,
de mi furor juzgándose seguro?

(Despechado.)

Desplómate rasgado en rancos truenos,
¡cielo!, sobre mi frente,
o trágame inclemente,

tierra de horror, en tus oscuros senos.
¿Yo desde el regio trono
en la miseria hundido,
y por traidores pérfidos vendido,
y de una vil mujer por el encono?
y cuando en mis riquezas
nuevo apoyo busqué, para que el mundo
admirando de nuevo mis proezas,
otra vez lleno de terror profundo,
se humillara a mis plantas,
tras desventuras tantas,
¿hallo ceniza y humo,
y en furor impotente me consumo?

(Pausa.)

Mas nada, nada importa
cuanto perdí, que aún quedo yo. Y aún siento
el colosal aliento
que mi indomable corazón aborta.
Si el Cielo me ayudara... Mas ¿qué dice
mi necio labio?... El Cielo me maldice.
Pues bien, mi ayuda sea
el infernal poder. Oiga mi ruego,
deme su auxilio, y luego,
asombrado, verá cuán bien lo emplea.

(Se oye un espantoso trueno subterráneo, y entra por escotillón el Demonio vestido de bandolero, pero con algunas señales que manifiestan quién es. En el momento de aparecer se verá un gran relámpago que alumbró toda la escena, volviendo luego a quedar en tinieblas.)

DEMONIO. *(Con voz áspera.)*

¿Qué del infierno quieres?
Él a satisfacer tu afán me envía.

LISARDO. *(Asombrado.)*

¡Oh, qué espanto!... ¿Quién eres?

DEMONIO

No la presencia mía
te turbe, pues poder para ayudarte,
Lisardo altivo, tengo; y para darte
los medios con que alcanza
un hombre de tu temple la venganza.

LISARDO. *(Reanimado y con ansiedad.)*

Dame armas y pendones,
guerreros escuadrones,
que mis contrarios, aterrados, vean,
y que del orbe el exterminio sean.

(El Demonio da una patada en el suelo, y de los troncos de los árboles, de los riscos y de debajo de tierra salen bandoleros de aspecto feroz y torvo, vestidos de pieles de fieras, con cascos de hierro y con cimitarras, lanzas, arcos y flechas. Lisardo los mira con asombro y admiración.)

DEMONIO

Helos aquí presentes,
y, aunque los juzgues pocos, tan valientes,

que excederán en mucho tus deseos
poblando el ancho mundo de trofeos.

LISARDO

¡Oh, qué extraño portento!
Nacen escuadras a mi sólo aliento.

(Se reconoce, y ve que no tiene espada.)

Pero ¿yo desarmado?

DEMONIO. *(Dándole una espada.)*

Este estoque te traje preparado,
guadaña de la muerte,
y prenda digna de tu brazo fuerte.
Con él a la cabeza
ponte de estos valientes bandoleros,
que bandoleros son, más no te asombre,
pues no serás, Lisardo, el primer hombre
de arrojo y fortaleza
que al frente de bandidos ha logrado
un imperio rendir, un elevado
trono fundar y ver postrado al mundo
besar su planta con terror profundo.

LISARDO. *(Entusiasmado.)*

Sí; cuando empuño una tajante espada
y de valientes circundar me veo,
ser ya señor del Universo creo,
y contemplo la Tierra encadenada.

DEMONIO

Emprende tus campañas.
Que al renombre inmortal de tus hazañas,
obedientes muy pronto a tus pendones,
traerá nuevos y fuertes escuadrones
y poderosas lanzas
que satisfechas dejen tus venganzas.
Y porque no tan sólo con despojos
de fresca sangre rojos
premie a los soldados
que sigan tus banderas esforzados,
quiero mostrarte ahora
las riquezas ocultas que atesora
este bosque sombrío:
por aquí de oro puro pasa un río.
Míralo por las señas
que te den estos troncos y estas breñas.

(Toca varios troncos y piedras, y se convierten en oro resplandeciente.)

Todo es tuyo, Lisardo.

LISARDO. *(Reconociendo, admirado aquella riqueza.)*

¡Portento sin igual! Y ya, ¿qué aguardo?

(Dirigiéndose a los bandoleros, que estarán apiñados a un lado.)

¡Oh valientes, volemós,
y al mundo leyes y cadenas demos!
Campiñas y ciudades
se conviertan en yermas soledades,

y abriendo a sangre y fuego ancho camino,
las leyes trastornemos del Destino,
por él ciego corramos,
sembrando horror y muerte. Vamos, vamos.

(Se arroja decidido Lisardo al frente de los bandoleros hacia el fondo de la escena, donde se levanta de pronto delante de él, atajándole el paso, una muralla de bronce, y baja de las bambalinas, y se pone en pie sobre la muralla, un Angel mancebo, con una ropa flotante de tela de plata, alas extendidas de plumas de colores y con dos espadas de fuego, una en cada mano. Al mismo tiempo, arde arriba una llama de bengala que lo ilumina todo. Lisardo retrocede horrorizado, y lo mismo el Demonio y los Bandoleros, agrupándose todos a un lado del proscenio, sin osar mirar al Angel.)

ANGEL

Confúndete, miserable.
Tente, mortal infeliz:
tu furia y la del infierno
pasar no pueden de aquí.

LISARDO. *(Aterrado.)*

¡Ah! ¿Qué es esto? ¿Qué alto muro
se alza mi paso a impedir?
¿Qué luz deslumbra mis ojos?...
¿Qué voz tronadora oí?...

(Abrazándose al Demonio.)

Dame tu amparo...

DEMONIO. *(Cobarde y despechado.)*

No puedo
contigo adelante ir,
que es la voluntad divina
el muro que ves ahí,
y traspasarlo no pueden
ni mi audacia, ni mi ardid,
ni todo el infierno junto
derribarlo... ¡Pese a mí!

(Se hunden el Demonio y los Bandoleros, y se queda Lisardo sin espada.)

ANGEL

La medida se ha llenado.
Decretado está tu fin.

(Se remonta el Angel y desaparece, y se apaga la llama de bengala, quedando enteramente oscura la escena.)

LISARDO. *(Medio derribado en tierra.)*

¡Ay de mí, desdichado!
¡Qué horror!
Siento mi pecho helado
de terror.
¡Ay!... Mi soberbio brío,
¿dónde está?
El alto esfuerzo mío
nada es ya.

VOCES. *(Dentro, a lo lejos.)*

Por aquí, por aquí.

OTRAS VOCES. *(Dentro, más cerca.)*

Vamos, marchemos.

ARBOLÁN. *(Dentro.)*

Si aquí el traidor se oculta,
y lo espeso del bosque dificulta
que con él encontremos,
al fuego abrasador la selva demos.

LISARDO. *(Levantándose, presuroso.)*

Allí, ¡oh furor! mis enemigos vienen,
y del vil Arbolán la voz escucho.
Con nuevas ansias lucho...
Aun miedo a mi poder, cobardes, tienen.
Y tienen bien...,

(Reanimado.)

porque mi faz airada
sabr a aterrarlos y mi ardiente espada.

(Va a meter mano, y se encuentra sin espada.)

Mas ¿dónde..., ¡Cielo santo!,
mi espada está?... ¿Quién pudo
quit armela?...

(Horrorizado.)

¿Lo dudo...?
El infierno..., ¡qué espanto!...,
pues prenda suya era.

VOCES. *(Dentro, cerca.)*

¡Allí está el asesino!

OTRAS VOCES

¡Muera, muera!

LISARDO. *(Aterrorizado.)*

Huyamos, si un camino
aun me guarda, piadoso, mi destino.

(Corre hacia el muro y vuelve atrás, despechado.)

No le hay..., sólo la muerte.
Cúmplase pronto mi tremenda suerte.

(Entran en confuso tropel Soldados, Villanos y Caballeros de los que ya se han visto en la plaza y en el palacio, todos con espada o lanza o hacha de armas en la mano derecha, y en la izquierda, una antorcha encendida. Se esparcen feroces por la escena, rodeando a Lisardo. Detrás de ellos sale Arbolán, con corona de oro sobre el morrión, manto real sobre la armadura y la espada en la mano. Y le rodean cuatro Guardias con alabardas.)

UNOS. *(Al salir.)*

Aquí está el regicida.

OTROS. *(Ídem.)*

Aquí está el asesino.

LISARDO. *(Al ver venir a Arbolán.)*

Mi manto y mi corona
en quién, ¡oh cielos!, miro.
¡Ay! De mi pecho es éste
el más atroz martirio.

ARBOLÁN. *(Conteniendo a los suyos.)*

No le matéis. Prendedle,
porque no debe, amigos,
morir a honradas manos,
cual noble, en este sitio,
sino a las del verdugo
en infame suplicio.

(Todos se contienen, y llega a Lisardo.)

Humíllate a mis plantas;
confúndete, asesino.

LISARDO. *(Con altivez.)*

Mátame. ¿Qué te asusta?
Pasa este pecho mío,

pues me encuentras sin armas
por tu feliz destino.
Que si espada tuviera,
te juro por mí mismo
que tú y estos cobardes
que me insultan altivos
huyerais de mi saña
pidiendo a Dios auxilio.

ARBOLÁN. *(Orgullosa.)*

Ríndete, miserable,
que soy tu rey.

LISARDO. *(Con desprecio.)*

¡Inicuo!
Jamás... Un vil alevé
solamente en ti miro,
y en esta infame turba
rebeldes siervos míos.

TODOS. *(Agitándose en torno.)*

Muera.

ARBOLÁN. *(Conteniéndolos.)*

No. Sujetadle,
y al cercano castillo,
cargado de prisiones
al punto conducirlo.
Allí en un calabozo
confúndase su brío

el plazo de esta noche,
pues al momento mismo
que el nuevo sol alumbre,
en infame suplicio
perecerá, del mundo
y del cielo maldito.

(Luchan un instante con Lisardo y lo sujetan y sacan de la escena, y con él se van rápidamente todos y Arbolán.)

ESCENA SEGUNDA

Decoración corta que representa una oscura prisión y dos fuertes rejas, una a la derecha y otra a la izquierda. Es de noche. Entra LISARDO cargado de cadenas, pero puestas de modo que no le impidan el andar, ni la acción de los brazos.

LISARDO

¿Es verdad...? ¿Lisardo soy,
el que no cupo en la Tierra?
¿Este calabozo encierra
todas mis grandezas hoy?
¿Es cierto que atado estoy,
y con hierros mi furor
sujeto, por el temor
con que ve cobarde el mundo
mi denuedo sin segundo
y mi indomable valor?...
Es verdad, no hay duda, sí.
Cobardes, viles, traidores,
ahora sacian sus rencores
a mansalva sobre mí.
Pero sepan que aun aquí,
de cadenas abrumado
y de estos muros cercado,

arder en mi pecho siento
aquel volcánico aliento
que el orbe admiró postrado.
Arde. Y si el Cielo me diera
estos hierros quebrantar,
estos muros derribar
y volver a mi carrera,
lección saludable fuera
mi estancia en esta prisión.
Sí, saludable lección,
que me dice: del dominio
la sangre y el exterminio
las firmes columnas son.
La sangre de los traidores,
el exterminio total
de todo osado rival,
son sus cimientos mejores.
Si lograran mis furores,
si mi sañuda altivez
de esta torre la estrechez
burlar... ¡Ah!... Por vida mía,
que el mundo no me vería
cual estoy, segunda vez.

(Se pasea y se oye a lo lejos rumor de música militar, y prosigue animoso.)

Y qué, ¿me cierra el Destino
con brazo terrible y fuerte,
en tan angustiosa suerte,
de la esperanza el camino?...
Rumor de tropa imagino
hacia este lado sonar;

aún me pudiera ayudar,
recordando la alta gloria
de tanta insigne victoria
como yo le supe dar.

(Se acerca a una de las rejas por donde se ve el resplandor de las hachas de viento.)

Son, ¡ah!, mis soldados, sí,
los que glorioso mandé,
los que de lauro colmé,
los que un dios vieron en mí.

(Con voz alta, hablando por la reja.)

Valientes, miradme aquí.
La traición, la envidia fiera
me tienen de esta manera;
que vuestro esfuerzo leal
salve a vuestro general.
Soy Lisardo.

VOCES. *(Dentro.)*

¡Muera, muera!

(Lisardo se retira precipitado de la ventana con muestras de despecho.)

LISARDO

¡Oh desengaño cruel!
¡Oh terrible confusión!
Me aprietan el corazón
como un áspero cordel.
¿Qué se ha hecho, ¡cielos!, aquel

entusiasmado ardimiento,
que daba mi nombre al viento
cual del numen de la guerra,
y que por rey de la Tierra
me dió en el dosel asiento?

(Se oye a lo lejos rumor de pueblo.)

Mas del pueblo en la memoria
más firme estará grabado,
que mi esfuerzo denodado
le dió libertad y gloria;
que ganando una victoria
lo liberté del furor
del bárbaro destructor.
Pues bien; al pueblo apelemos,
ya que en los soldados vemos
tanto olvido y tal rencor.

(Se acerca a la otra reja, por la que también se advierte el resplandor de luces.)

Sí... La plaza toda llena.
Quiero hablarle. Oiga mi voz.

(En voz alta hablando por la reja.)

Pueblo, ved mi suerte atroz.
La envidia aquí me encadena,
y ella sola me condena.
Yo sacrificué mi vida
por vuestro bien. Defendida
la patria ha sido por mí.
Sacadme, ¡oh pueblo!, de aquí.

VOCES. *(Dentro.)*

¡Muera, muera el regicida!

LISARDO. *(Volviendo aterrado al centro de la escena.)*

¡Oh qué horror! ¡Qué ansia mortal!
¿De quién, ¡ah!, de quién me quejo?
¿Así en el olvido dejo
que soy atroz criminal?
¡Oh, qué recuerdo fatal!

(Despechado.)

Mas, por ventura, ¿mejores
son los alevos traidores
que mi muerte han decretado,
trayéndome al duro estado
de blanco de sus furores?
¡Ay!, sin venganza morir
es lo que me aflige más.
Si consiguiera quizá
de nuevo al mundo salir,
¿quién pudiera resistir,
quién, mi encono vengador?
¡Con qué gozo de furor,
con qué furiosa alegría
en sangre lo inundaría
y lo hundiera en el terror!
Si hay algún hombre ambicioso
que saciada quiera ver
su ambición, venga a romper

mi cárcel, será dichoso.
Protéjame poderoso,
verá lo que por él hago.
Le fundaré, sobre un lago
de sangre, un imperio, sí.

(Sale rápidamente por escotillón el espectro del Rey con manto y corona, y mostrándole el pecho herido y brotando sangre.)

REY

¡Traidor, yo te protegí
y me distes este pago!

(Húndese.)

LISARDO. *(Pasmado de terror.)*

¿Qué han visto mis ojos?... ¡Ah!...
¡Qué visión tan espantable!
Y yo ¡cuán abominable
me miro y contemplo ya!
Justa es la suerte que está
amenazando mi frente.
Mas, ¡ay!, me hizo delincuente
el mundo fascinador,
que aunque nací con valor,
nací también inocente.
¡Oh ambición!... ¡Oh poderío!
¿Quién con vos no es criminal?
Os detesto; odio mortal
os jura este pecho mío.

Si de mi Destino impío
el rigor burlar pudiera,
¡cuán distinta vida hiciera!...
Buscara lejos del mundo
paz y reposo profundo;
el campo mi asilo fuera.

(Enternecido.)

El campo... ¡Qué venturoso
en él, ¡ay cielos!, me vi!...
Al campo volviera, sí,
y a su tranquilo reposo.
Tierna Zora, dueño hermoso,
¡qué feliz en él me hiciste!
Sé el amparo de este triste.
Ven mis hierros a romper.

(Entra por otro escotillón el espectro de Zora, tal cual estaba su cadáver.)

ZORA. *(Con voz sepulcral.)*

Feliz yo te quise hacer;
la muerte en pago me diste.

(Húndese.)

LISARDO. *(Trémulo y aterrado.)*

¡Ay de mí, desventurado!
¿Esto he visto y vivo estoy?
Me encuentro por doquier hoy
de crímenes rodeado.

(Muy afligido y mirando al fondo.)

Mira por mí, padre amado.
De este mundo de maldad
vuélveme a la soledad
del escollo en que nací;
torne a verme junto a ti,
ten de Lisardo piedad.

(Aparece en el centro del muro de la prisión que cierra el fondo un cuadro grande transparente, en que se ve con toda exactitud la decoración de la primera escena del acto primero; esto es, la montaña de peñascos, descubriéndose por un lado el mar y a la derecha del espectador la gruta de Marcolán, dentro de la cual se verá distintamente sólo un esqueleto. Lisardo lo contempla un momento, estupefacto; retrocede, y el cuadro desaparece.)

LISARDO. *(En la última desesperación.)*

La furia veo patente
con que el Cielo inexorable
su maldición espantable
desploma sobre mi frente.
¡Oh, qué tormento inclemente
es aqúeste afán interno!...
¿Qué me espera, Dios eterno?...
¿Qué me aguarda, hado cruel?

(Suena bajo el tablado la Voz del genio del mal.)

VOZ DEL GENIO DEL MAL

El patíbulo, y tras de él
la eternidad del infierno.

(Se descubre todo el fondo de la escena, y aparece una gran horca, con cordeles y escalera pintada de negro, que estará aislada, y detrás, a alguna distancia, se verá un mar de fuego, que llena todo el frente y se agita en todas direcciones, viéndose cruzar por él figuras negras movibles de demonios, serpientes y monstruos espantosos. La escena se alumbrará toda con la luz roja de las llamas. Lisardo contempla un momento aterrado tan espantosa visión, y corre de un lado a otro, haciendo extremos, y va a caer desmayado en el sitio en que estaba su lecho en el primer acto.)

LISARDO. *(Cayendo desmayado.)*

¡Qué horror, qué horror! ¡Ay de mí!

MARCOLÁN. *(Dentro de su gruta, mirando al reloj de arena.)*

El conjuro está cumplido.
Vuelva a gozar el dormido
de paz y reposo aquí.

(Cruzan la escena en todas direcciones, y como al fin de la primera escena del primer acto las mismas ligeras gasas transparentes, con figuras vagas y fantásticas, y se reúnen como entonces en el fondo y delante de Lisardo, formando como una niebla blanquecina que lo oculta todo. Verificado esto, cierra el libro Marcolán, se levanta gravemente, toma su vara de oro y sale majestuosamente de la gruta, mirando a todos lados.)

MARCOLÁN. *(En tono solemne.)*

Espíritus celestes e infernales,
genios del bien y el mal que los destinos
por ocultos caminos
dirigís de los míseros mortales,

pues que ya obedecisteis mi conjuro,
alejaos de este escollo en el momento
y a la región del viento
tornad o de la tierra al centro oscuro.

(Agita la vara en derredor. Se alza rápidamente la niebla y aparece la misma decoración con que empezó el drama, con la diferencia de que el mar estará tranquilo. Y detrás de él y de la montaña de peñascos se verá un cielo que represente un risueño amanecer. El tosco lecho se verá en el mismo sitio, y en él Lisardo, dormido, vestido de pieles, como apareció la primera vez.)

LISARDO. *(Inquieto y aún soñando.)*

¡Ay de mí! Basta. ¡Qué horror!

MARCOLÁN. *(Contemplándole con compasión.)*

¡Desdichado! Aún el ensueño
es de sus sentidos dueño.
Termine ya su rigor

(Extiende sobre él la vara, y dice en voz alta.)

Deja, Lisardo, el reposo,
que ya en el risueño Oriente
la aurora resplandeciente
anuncia un sol venturoso.
Despierta, despierta, pues.

(Le toca con la vara y se retira a un lado.)

LISARDO. *(Despierta, mira atónito a todos lados, se levanta y corre a los brazos de su padre.)*

¿En dónde, ¡oh cielos!, estoy?...
¡Oh, qué venturoso soy!
Mi amado padre aquél es.
¡Padre!

MARCOLÁN. *(Con gran ternura.)*

¡Hijo mío! ¿Has pasado
bien la noche?

LISARDO. *(Abatidísimo.)*

¡Padre!... ¡Oh!
¡Qué infeliz he sido yo!
Tengo el pecho destrozado.

MARCOLÁN

¿Mas para ir al mundo estás
dispuesto cual te ofrecí?
Hoy me dejarás aquí...

LISARDO. *(Abrazando estrechamente a su padre con gran vehemencia y la mayor expresión de terror.)*

No, padre mío, ¡jamás!

(Marcolán alza la cabeza y las manos al Cielo, como para darle gracias, y cae el telón.)

Sevilla, 1842.

A detailed oil painting of Ángel Saavedra, Duque de Rivas. He is depicted from the chest up, wearing a dark, high-collared coat over a white, double-breasted waistcoat and a black turtleneck. He has dark, wavy hair and is looking slightly to the left with a thoughtful expression. His right hand is resting on the back of a chair, holding a pair of glasses. The background is a dark, textured brown.

unas palabras sobre

Ángel Saavedra, *Duque de Rivas*, por Gabriel Murueta y Aracil, 1864. Copia inspirada en una litografía de Federico Madrazo (Museo del Prado)

«*EL DESENGAÑO EN UN SUEÑO*
DEL DUQUE DE RIVAS»

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN

Adriano D. Kias



El duque de Rivas es con Espronceda, la Avellaneda y Zorrilla, máximo exponente del romanticismo español. Si nuestro Byron español es el revolucionario Espronceda, Rivas es comparable a la sensibilidad lírica de Shelley, siendo ambos autores españoles equiparables en calidad literaria a los dos autores ingleses.

Parece sin embargo curioso, cuando no ofensivo, que todavía a principios del siglo XXI los estudios más sólidos, extensos y fundamentados que sobre Rivas se hayan escrito sean los de Boussagol (1926) –sobre todo- o los dos de Peers (ambos de 1923.) Ello nos habla de la necesidad que hay aún hoy día de replantearse numerosas cuestiones acerca de nuestro romanticismo, con suficiente documentación que no nos lleve a ahogar en datos y tópicos heredados de uno en otro

crítico una época y unos autores sobre los que es necesario mirar con ojos nuevos. Teniendo en cuenta por otro lado que la mayor parte de las veces lo valioso del romanticismo es su espíritu, que se filtra entre líneas de textos en ocasiones excesivamente declamatorios y retóricos.

Todo esto lo escribía en mi *El universo literario del duque de Rivas* (2009)¹, de donde tomo, con modificaciones y algunos añadidos, el texto que el lector tiene a la vista. La última edición de la obra completa de Rivas es de 1957 por Jorge Campos en la BAE.

Para ubicar ahora el tema de Rivas en su entorno, considero que quizás el siglo XVIII y el neoclasicismo representan el buen gusto, la estética del “comm’il faut”, la de los salones de la corte y la aristocracia, aunque imbuida de un racionalismo laicista por el que se abandona el clericalismo y se defiende la ciencia y la ilustración racional. Pero el romanticismo reacciona contra esta estética de la clase dominante cortesana –que sin embargo nos ha legado la música de Haendel, Haydn y Mozart-. El romanticismo rompe con el pasado de pelucas y cortesanos, busca una mayor autenticidad en la vida y en la literatura, que van a él asociadas.

El romanticismo reaccionó contra la hipocresía de la sociedad del XVIII, amoral, injusta y viciosa en las cortes libertinas, con su moral de apariencias, y con su control ideológico de la literatura de masas como era el teatro. El romanticismo busca así la sinceridad de los sentimientos, y muestra la tragedia del hombre en su lucha por la injusticia y por conseguir el amor verdadero e ideal. El romántico debía ser por tanto un

Si nuestro Byron español es el revolucionario Espronceda, Rivas es comparable a la sensibilidad lírica de Shelley, siendo ambos autores españoles equiparables en calidad literaria a los dos autores ingleses. **A la derecha:** *Shelley composing Prometheus Unbound in the Baths of Caracalla*, por Joseph Severn, 1845 (The Wordsworth Trust)

¹Ver Diego Martínez Torrón (ed.), *El universo literario del duque de Rivas*, Sevilla, Alfar, 2009, con un completo análisis mío de la obra de Rivas, más un estudio de las traducciones románticas al español y la vinculación del romanticismo inglés al español, junto al remate final a una polémica surgida por mis conceptos de proto-romanticismo y romanticismo; y un estudio por los miembros de mi grupo de investigación Andalucía literaria de las diversas parcelas de la obra toda de Rivas. Puede completarse también por mi libro *Doña Blanca de Castilla, tragedia inédita del duque de Rivas*, Pamplona, EUNSA, 2007 (Col. Anejos de Rilce, 54).

Para José de Espronceda ver mi edición de sus *Obras completas*, Madrid, Cátedra, 2006 (Biblioteca Aurea), con 1398 notas filológicas y la fijación textual quizás más rigurosa y completa hasta ahora, según debo confesar.

Entre los trabajos más recientes caben destacar, por su gran calidad y excelente acogida: Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, *Poesías completas*, Sevilla, Alfar, 2012 (Alfar Universidad, 186); y Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, *Teatro completo*, Sevilla, Alfar, 2015, 2 vols (Alfar Universidad, 208), ambas a cargo del autor de este estudio.



hombre joven, despojado de trabas sociales, que propugnaba la libertad absoluta desde el punto de vista político –la lucha contra el tirano- y la libertad absoluta de los sentimientos –el concepto de amor ideal y total-.

Por otro lado el romanticismo opone a la ilustración lo popular



y lo nacional, la tradición inserta en el cuerpo vivo del pueblo. Por eso defiende el uso del romance, la épica en verso –Rivas está en ambos casos–, la épica en prosa, el drama histórico que evoluciona hacia la novela histórica desde finales del XVIII a mediados del siglo siguiente, y el drama de pasiones y sentimientos. Rivas está así en una posición intermedia: preservar la estética, y mantener –en su madurez, cuando se hace conservador, nombrado duque– un cierto sentimiento aristocrático de desdén por el populacho, pero –también en

Sobre estas líneas: En el lienzo *Los Poetas contemporáneos* (1846), Antonio María Esquivel retrató a los principales representantes de la literatura del romanticismo en España, a propósito de una lectura de Zorrilla en el estudio del pintor. Los dos lienzos que aparecen en el fondo representan: el de la izquierda, al Duque de Rivas; el de la derecha, a Espronceda.

su madurez- desdeñando igualmente la corte, buscando la vida retirada horaciana como lo hicieran Horacio, fray Luis de León, Arias Montano o el divino capitán Aldana. Rivas es un moderado que mantiene sus privilegios de casta aristocrática, pero en su fuero interno admira al pueblo, y escribe por ello en romances. Espronceda representa el romanticismo revolucionario y exaltado, más ideológico que estético: otro paso más.

El romanticismo no es simplemente una moda literaria, este ha sido el gran defecto de parte de la crítica que lo ha valorado injustamente sin comprenderlo. El liberalismo del siglo XIX romántico consiste en una visión democrática que busca la expansión y defensa universal e internacional de las libertades, con el control del poder real y la idea revolucionaria de soberanía popular. La democracia se entendía no tanto como un rito de votaciones esporádicas sino como el efectivo control del poder político por parte del pueblo. De este modo el romanticismo fue una explosión de libertad individual frente a los reyes tiránicos y absolutistas del pasado, que vivían en sus regias cortes abandonando al pueblo a la miseria—Meléndez Valdés lo criticó valientemente en *El filósofo en el campo*; y antes lo había hecho Quevedo: le costó la cárcel-. El mercantilismo del liberalismo del siglo XXI —privatizaciones, colonialismo económico, competitividad, reducción de puestos de trabajo, agresión ecológica- tiene poco que ver con el espíritu de libertad que caracteriza al idealismo de los románticos liberales del XIX. El liberalismo, en este sentido, parece haberse degradado desde sus orígenes: comenzó siendo una hermosa filosofía en defensa

de las libertades y ha acabado convirtiéndose en una simple teoría mercantilista de pequeñas aspiraciones.

El romanticismo constituye por tanto un intento de fortalecimiento del individualismo como forma de libertad frente a una sociedad agresiva. Pero en Rivas el individualismo romántico se compagina con el sentimiento religioso, como en otros autores españoles y europeos.

Debe concederse además que a veces la misma cesión del yo que se da en las tradicionales conductas religiosas, se puede encontrar en la conducta amorosa, quizás como forma de superación del propio yo, aunque de otro modo. Y esto sí se da en los escritores románticos, cuyo sentido de la religión difiere siempre del de épocas pasadas. Pero de todos modos el individualismo romántico es consciente de que el yo que se entrega a la persona amada, se recupera enriquecido. Por eso el sentido del amor es compatible con el individualismo radical de los románticos.

Por otro lado, después de leer tantos textos de la época, tengo la firme convicción de que los románticos estaban representados por un activo grupo de jóvenes, unidos internacionalmente en diversos países a través de la prensa y las publicaciones, para quienes el sentido de la palabra liberalismo, que les define, tiene que ver más con el concepto total de libertad como aspiración absoluta, sentida con un pleno idealismo que chocaba con el mediocre racionalismo del siglo anterior. El liberalismo de los jóvenes rebeldes románticos no es equiparable tampoco, me parece, al mero

El romanticismo constituye un intento de fortalecimiento del individualismo como forma de libertad frente a una sociedad agresiva. **En la imagen (derecha):** *Paisaje nocturno con ruinas góticas*, por Luis Rigart, ca. 1850.



pequeño liberalismo político y mercantilista de la burguesía del XIX. Es así cómo las profundas verdades experienciales del pensamiento se cosifican.

El liberalismo de estos jóvenes intelectuales constituye una auténtica cruzada en busca de la libertad, frente al poder coercitivo de los reyes no constitucionales, y esto puede seguirse también en nuestro país desde fechas muy tempranas.

Todo ello puede demostrarse si se lee la prensa de los primeros años de nuestra mal llamada Guerra de la Independencia –auténtica revolución liberal para mí, que culmina en la *Constitución de Cádiz*, según he ido escribiendo en mis libros sobre romanticismo desde 1992.- Incito a los estudiosos de la época a que lean tanto los *Diarios de Sesiones* de esas cortes, como la prensa del momento, y podrán comprobar que esta cruzada en pro de la libertad, la pulsión de este liberalismo joven y rebelde que es específicamente romántico, nos obliga por un lado a estudiar mejor una fracción de nuestra historia literaria que ha sido preterida, y por otro a ampliar el concepto de romanticismo y comprender que –sin llamarse románticos- los jóvenes escritores liberales españoles de la época lo fueron muy tempranamente, al unísono de las naciones del resto de Europa.

Romanticismo es libertad, aunque luego se cree un corpus de tópicos dramáticos y literarios, que son sin embargo lo menos interesante de él. Lo importante del romanticismo es su espíritu, que ya aparece en España en un periódico que deberían releer los estudiosos como síntoma: *El Semanario Patriótico*, publicado en Sevilla del 4 de mayo de 1809 al 31 de agosto de ese año, dirigido por Quintana en la segunda época, con ideas exaltadas e incluso antimonárquicas que motivaron protestas de la Junta Central, como comenta Jovellanos en carta a Lord Holland. Quintana había escrito poemas protorrománticos desde 1795 y 1798.

¿Por qué traigo ahora todo este tema, del que ya he dado sobrada e insistente cuenta en mis trabajos anteriores?



El duque de Rivas tuvo que expatriarse durante la Regencia de Espartero. Sobre estas líneas, el General Espartero, retratado por el fotógrafo Jean Laurent.

Porque precisamente en la obra lírica del duque de Rivas veo probada la evolución desde sus inicios juveniles protorrománticos durante la Guerra de la Independencia, hasta el romanticismo pleno que él mismo haría estallar en la escena con el Don Álvaro. Invito al lector a embarcarse en esta nueva aventura que es la comprensión de la evolución ideológica del duque desde el protorromanticismo inicial, hasta el romanticismo maduro de los años 30. Luego aboca en esa especie de irónico realismo difuso de las epístolas y poemas napolitanos de los años 40, que apuntan a otro universo literario, gastado el anterior, que creo influye en la poesía realista de Campoamor, quien sin embargo carece de la profundidad estética y la visión suficiente para edificar un nuevo canon literario, por lo que el realismo triunfa en España tan solo en la narrativa y no en la lírica. De aquí el interés añadido de releer al duque con ojos nuevos.

El desengaño en un sueño

Pero entremos ya directamente en el tema que nos ocupa.

El desengaño en un sueño es una obra dramática de Rivas escrita en Sevilla, en 1842. Como vemos 1841 y 1842 son los mejores años de la obra del duque.

Es un texto importante dentro del ámbito de las obras teatrales de magia que tanto éxito tuvieron en el Siglo de Oro, y que habían sido proscritas por el rígido neoclasicismo racionalista. Constituye una interesante reflexión sobre la ambición política, incompatible con el verdadero y puro

amor, quizás también de una encantadora ingenuidad en el fondo.

Obra también escrita durante la regencia de Espartero que condenó al duque al exilio nuevamente.

La fuente de la pieza que nos ocupa podría ser el relato de Don Illán de Toledo en la medieval *El conde Lucanor* de Don Juan Manuel, y en el siglo de oro *La vida es sueño* de Calderón, autor rescatado por los románticos alemanes de modo temprano. En mi libro sobre Rivas citado hay un completo cuadro de fuentes e influencias.

Peers señaló la importancia de la idea de Fatalidad y Destino en esta obra. Valera la consideró falsa y sin interés, pero Hartzenbusch, Pacheco y Cañete la alaban. En mi *El universo literario...* recojo con detalle el análisis de Peers y de Boussagol al respecto.

Vayamos por nuestra parte al argumento de la obra:

Lisardo vive en una isla con su padre el mago Marcolán que le tiene recluido para evitar su mala fortuna, pero a sus instancias le muestra en sueños su futuro. Al principio Lisardo triunfa en el ámbito material, y hasta consigue el amor puro de la bella Zora, pero su ambición desenfrenada le lleva a buscar el amor de la reina, quien le convence para que asesine al rey su marido. Con el anillo de una bruja que le hace invisible, oye las conversaciones del pueblo que le odia, y comprende que la reina y Arbolán planean envenenarlo. Fracasado el complot, sin embargo Arbolán toma el poder, y Lisardo se salva a duras penas gracias al anillo, pero ello

SEMANARIO PATRIOTICO.

NÚM. XV.

Jués 4 de Mayo de 1809.

Resumen de los sucesos militares de España desde principios de Noviembre hasta el presente.



Después del glorioso combate de Letia en 27 de octubre, y después de la malhadada retirada de Logroño, la providencia quiso poner á prueba la constancia española, concediendo á las legiones del tirano, reformadas y aumentadas increíblemente, victorias seguidas, que á haberse situado sobre un pueblo menos valeroso, ó empeñado en causa menos sagrada, hubieran sido quizá precursoras de su próxima esclavitud. Engañado el emperador de Rusia en las conferencias de Erhart, y detenido el de Austria por la memoria de sus pasadas desgracias. Bonaparte pudo ir desde al Vistula y al Ebro sus tropas mas agueridas para que agregándose á las reliquias del ejército que guarnecía las montañas de Galpúzcos y la fantástica corte de Vitoria, se derribasen como furioso torrente por nuestra península. Aquí, después de derrotados los ejércitos de hombres libres, pero nuevos por la mayor parte en la militia, que el patriotismo y el honor nacional pudieran oponerles, debían amarrar al carro de sus triunfos á todos los habitantes de España, y Fortu-

El *Semanario patriótico* fue la primera publicación periódica netamente política de España y de sesgo liberal, y fue fundada y dirigida por el escritor Manuel José Quintana. Arriba, ejemplar del 4 de mayo de 1809 (Biblioteca Nacional de España).

le lleva a contemplar el entierro de Zora. Cae en manos de Arbolán y es condenado a muerte, pero entonces despierta de su sueño y decide preferir la soledad apartada de su isla.

Me resulta verdaderamente curioso que la acción se desarrolle desde una noche a la madrugada, con lo que se respeta la unidad de tiempo que el teatro de Rivas había contribuido a hacer desaparecer de modo definitivo.

Desde el principio Rivas parece atreverse ya con el estilo calderoniano, todo un reto importante para un romántico.

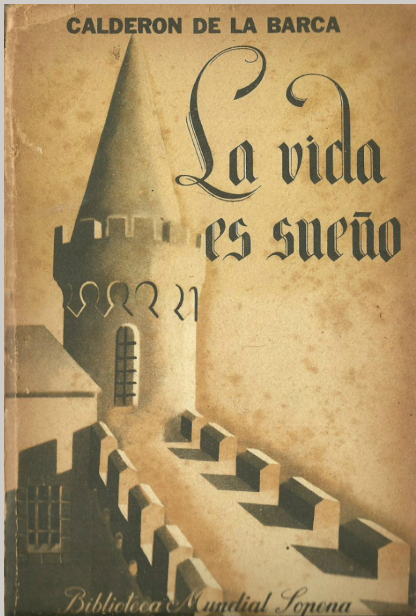
Se trata en definitiva de una interesante lección moral contra la ambición humana de poder –que es lo que va llevar al amor de Lisardo por Zora a la destrucción, amor verdadero y absoluto que encontró sin saber valorarlo-. El amor de Lisardo es lo único limpio de su anhelo, que luego se desvirtuará y ensuciará por su ambición de poder, que le lleva a traicionar ese amor, con el desencadenante trágico final de la trama. En Lisardo el anhelo espiritual se convierte en mera ansia material.

Zora le pregunta en el acto I escena II si Lisardo puede pretender algo más importante que su amor. Aquí creo reside la clave trágica: quizás Lisardo debió haberse conformado con este puro amor romántico que vende a la ambición. Zora realizará así un hermoso canto a la vida retirada en el marco de ese idílico amor que le ofrece. Hay un momento en que le dice a su amado: “A mí solo me encanta tu alegría”. Zora es así indiferente (acto I, escena III) al lujo y al dinero, y solo vive por su amor.

Lisardo conoce el amor total, pero el genio del mal siembra en él la insatisfacción que lo rompe. Este amor paradisíaco que había obtenido fracasa por la ambición. Como si Rivas estuviera de vuelta del anhelo romántico, aunque aquí lo que se censura es que lo que se anhele no sea un bien espiritual, sino el poder y las riquezas. Cuando Adán se cansa del amor de Salada y trata de investigar otras clases sociales en El Diablo Mundo, estamos quizás ante un planteamiento similar resuelto de modo diferente, porque aquí el mensaje es una defensa del apartamiento del mundo.

La influencia calderoniana se deja sentir en *El desengaño en un sueño*. Debajo, escena de *La vida es sueño* de Calderón de la Barca, en versión de Juan Mayorga y dirigida por Helena Pimenta, 2012.





Sobre estas líneas, ejemplar de *La vida es sueño*, Sopena, 1956

Es una obra muy distinta de las anteriores. Posee el estro trágico del *Don Álvaro*, inquietante y evidente huella calderoniana. Está poblada de genios y magos, muy romántica, y al mismo tiempo original como drama fantástico, a la manera de las comedias de magia del Siglo de Oro, pero con mayor complejidad en la trama.

Versa sobre las aspiraciones e inquietudes de la juventud, que el Destino –nuevamente- puede convertir en algo negativo. Hay un mensaje de desengaño de ese sueño, ya claramente aludido en el título, por un Rivas que en 1842 parece estar de vuelta de dicho sueño de juventud.

Hay en esta obra cierto moralismo en el duque, que quizás puede interpretarse que intente reflejar –de vuelta de su juventud- el desengaño de los excesos románticos y la felicidad ideal que pretendían. Lo que aquí se censura es el ansia insaciable de poder que tiene el hombre.

Lisardo recorre así un camino hacia la cúspide y pasa por el amor, los celos, la codicia, el afán de poder y posesión de riquezas, que culminará a fin del primer acto. Luego, en el acto II se pasa del poder del dinero al poder militar, a la ambición de poseer a la reina y al asesinato para lograr los fines de insaciable ambición.

La última escena del acto II, escena II nos ofrece la idea de que el pecado transgresor de Lisardo es haber despreciado la sacrosanta norma del amor total y absoluto a la mujer amada, que provocará, como en *El estudiante de Salamanca*, el castigo y la desgracia, aunque en *Espronceda* no hay

lección moral sino simple reflejo de una actitud nihilista y de desafío a la divinidad.

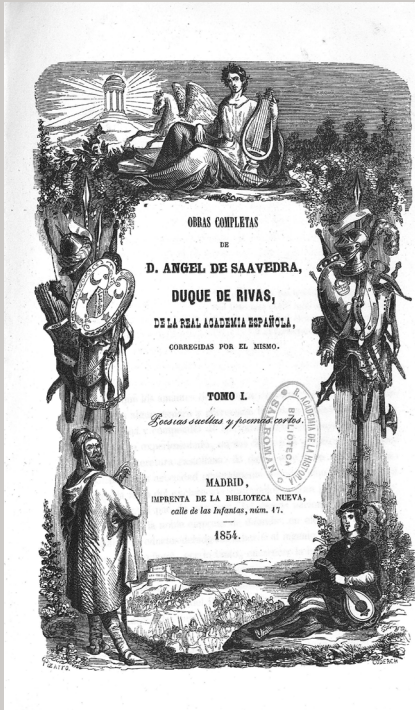
A la derecha, edición de las *Obras completas* del Duque de Rivas, Madrid, Imprenta de la Biblioteca Nueva, 1854 (Real Academia de la Historia).

Lisardo traiciona el amor puro de Zora. Este es creo el pecado que no perdona el romántico. Lisardo quiere a la reina y le pierde la ambición. Es muy emotivo luego el reencuentro con Zora, y se muestra al personaje de Lisardo debatiéndose entre su ambición y su antiguo amor, al final del acto II. En la escena II de este segundo acto se muestra que el poder no da la felicidad sino que conduce a la soledad y la desconfianza.

La obra critica como he dicho la ambición humana y parece propugnar no un mensaje cristiano sino la ataraxia espiritual frente a la pasión, porque el poder conduce a la envidia, el poder es el mal. Se canta a la vida retirada con una lección idealista más que moral.

Lisardo recoge el tema constante de Rivas del Destino (“y en mi estrella fío”). Notemos además que el nombre de este protagonista quizás es homenaje a los dos romances de Durán (BAE vol. XVI, nºs 1271 y 1272), y al texto muy conocido en el XIX Lisardo, el estudiante de Córdoba, cuya leyenda ya se encontraba en el *Jardín de flores curiosas* (Salamanca, 1570) de Antonio de Torquemada, que presencia su propio entierro.

Hay en la obra una riqueza escenográfica fantástica y barroca, muy bien anotada en las acotaciones. Son muy hermosas estas acotaciones de la obra, que muestran la necesidad de un escenario fantástico, muy lírico, acotaciones que pudieron influir en Valle de otro modo. Hay mucha poesía en ellas,



y un gran sentido del teatro. Los versos son robustos, los personajes y la acción interesante, aunque predecible desde el principio. Obra de gran efecto dramático.

El acto III escena II es de índole fantástica, con brujas: tiene fascinación y encanto, incluso en las bellas acotaciones, muy sugerentes. Este acto III es el de la decadencia y la lección moral al final.

El pensamiento de Rivas se resume así: “¿Es el hombre, santo cielo, / juguete de otro poder / que no alcanza a comprender?” Nuevamente su sentido de drama cósmico, el tema de la imposible libertad del hombre, juguete del Destino, expresado en lenguaje diáfano que a veces ha impedido a la crítica valorar correctamente esta obra maestra.

En el acto IV escena I Lisardo recupera el conocimiento y –desengañado de todo– trata de volver al amor de Zora, apreciando el valor del amor sobre el poder y la riqueza. Pero –aquí la tragedia– se encuentra con el funeral de su amada muerta (“la pura luz de mi divina estrella”).

El final de la obra cierra en círculo con el principio, pero al lector le queda en el alma la desasosegante sensación de que en pro de una lección moral se le ha ofrecido la opción de que es preciso conformarse con la propia situación y la tutela paterna, lo que cerraría las posibilidades de crecimiento y desarrollo de cualquier joven, condenado así a la soledad absoluta, como consecuencia moral de su acción. Quizás, en definitiva, muestra el escepticismo moral del duque, que se inicia en 1842 por los acontecimientos políticos que

hemos visto le tocó vivir, lo que justificaría el sesgo un tanto reaccionario –próximo a Calderón y el barroco- del texto.

No obstante la idea de la felicidad posible en el amor y en la vida retirada consuelan de la desazón que se produce en el personaje y en el lector.

En fin, *El desengaño en un sueño* es una obra peculiar, de herencia calderoniana, pero con un tratamiento tan profundo como estético y alado, acorde con el romanticismo aristocrático que caracteriza el estilo del Duque.

Merece la pena entrar en esta obra peculiar, porque en ella se encuentra la visión desengañada de Rivas, desengaño de un solitario que vive en plena sociedad, en plena corte; desengaño de todo lo que no sea, precisamente, el sueño de la libertad y de la belleza.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2017



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA